ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

D. FERNANDO
Ó
El mártir del deber

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. Vicente Sabater y D. Pedro Calveras



MADRID

Libertad, 7, bajo, derecha.

D. FERNANDO
ó
El mártir del deber

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. Vicente Sabater y D. Pedro Calveras

Estrenado con grandioso éxito, en el Teatro Práctico del INSTITUTO OBRERO GRACIENSE, *la noche del 25 de Diciembre de 1900, representado por los alumnos que concurren á las clases de dicho instructivo Centro.*



BARCELONA

IMPRENTA DE RAMON PUJOL

45 — CALLE DE TALLERS — 45

1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marta.	*Srta. Rosenda Figueras.*
Rosa.	» *María Baucells.*
Pepita..	*Niña Adelaida Sabater.*
D. Fernando. . . .	*Sr. Francisco Grau.*
Antonio.	» *Enrique Devenat.*
D. Pablo.	» *José Enví.*
Lorenzo.	» *Benito Baqué.*
D. Luis (Juez). . . .	» *Pedro Calveras.*
Doctor	» *Francisco Rabassa.*

NOTAS IMPORTANTES

Antonio, en el acto primero, debe vestir como oficial ebanista, y en el tercero, de Teniente de infantería en activo servicio.

D. Pablo, vestirá chaqué y sombrero hongo, excepto en la escena del acto segundo, cuando intenta asesinar á *D. Fernando:* entonces debe vestir lo que ya indica *Pepita* á *Lorenzo.*

Marta, Rosa y *Pepita*, en el acto primero deben vestir un traje sumamente pobre, pero decente, y en los actos segundo y tercero con lujo bastante moderado, y luto en el segundo.

La acción, en un pueblo de las afueras de Barcelona.

A LOS SEÑORES

Don Agustín Rabassa

Y

Don Tomás Carreras

tenemos el honor de dedicar este pequeño trabajo, como muestra de cariño.

Si nos cabe la honra de que lo acepten, quedarán sumamente agradecidos,

Los Autores.

ACTO PRIMERO

La escena representa una casa pobre, con puertas laterales y al foro. Una mesa y varias sillas.

ESCENA PRIMERA

MARTA *y* ROSA *saliendo por la segunda puerta izquierda.* (1).

MARTA *(Entregándole un lío de ropa.)* Tome usted, madre mía; este es el último recurso que nos queda, para poder dar pan á mi pobre hija.

ROSA Dame; pero parece mentira que seas hija mía, pues tú por cualquier motivo te afliges, y en cambio ya sabes que me encontré una vez sin un céntimo, con tu pobre padre enfermo y sin nadie en el mundo que me diera ni miaja; y por eso no desesperé como tú haces.

(1) Entiéndanse por derecha é izquierda las del autor.

MARTA ¡Oh madre mía! ¡Cuán feliz es usted con su modo de pensar!

ROSA. Y cuán desgraciada eres tú con el tuyo, que por nada te entregas á la desesperación.

MARTA Si el quedar en un mismo día sin trabajo mi marido y yo á la vez, (como si alguien lo hubiera hecho exprofeso) y acabar todos los recursos y las esperanzas es poca cosa, entonces sí que no tendré motivos para llorar.

ROSA En fin; no hablemos más de esto: voy á llevar esta ropa al empeño y, por lo tanto, de lo que me den me traeré un pan.

MARTA Vaya usted, y quiera Dios que salgamos pronto de estos apuros.

ROSA Adiós.

ESCENA II

MARTA *y* PEPITA *que sale por la primera puerta derecha.*

MARTA ¡Oh, Dios mío! ¡qué situación más terrible!

PEPITA *(Acercándose á Marta.)* Mamá, mamá... ¿Por qué estás tan triste? dí, ¿qué es lo que te aflige? ¿no está papá?

MARTA No, ha ido en busca de trabajo.

PEPITA ¿Tardará mucho en volver?

MARTA No se, hija mía, según: si encontrase pronto lo que busca, es fácil que volviera luego; pero de lo contrario, no será muy temprano cuando vuelva.

PEPITA Mira, pues; siendo así, si me das tu permiso, iré á jugar con Leonor.

MARTA Vé, hija, vé á jugar.

PEPITA Bueno, adiós; pero mira, cuando vuelva papá, dile que me llame, que tengo deseos de verle y abrazarle.

MARTA Bueno, ya te avisaré yo cuando venga; adiós.

PEPITA *(Besándola.)* Adiós, mamá.

MARTA Adiós, hija mía.

ESCENA III

MARTA *y* D. PABLO *saliendo por el foro.*

D. PABLO Muy buenos días, hermosa Marta. ¿Está usted sola?

MARTA *(Enjugándose los ojos.)* Buenos días, don Pablo. ¿A qué debo yo el honor de su visita?

D. PABLO El motivo de mi visita, no puede ser más doloroso, para ustedes y para mí.

MARTA ¿Y eso? ¿Ha sucedido algo á don Fernando?

D. PABLO No, nada de eso; pero como usted recordará, mi hermano Fernando al marchar, me dejó para que velara por la suerte de ustedes, cosa que yo prometí muy formalmente y que hasta ahora he venido cumpliendo, pues á pesar de adeudarme cinco meses de alquiler no les he molestado; pero ahora me veo obligado á ello, y por lo tanto desearía me pagasen algo, ó de lo contrario, con gran sentimiento mío, no tendré más remedio que desahuciarles.

MARTA *(Con asombro.)* ¿Qué dice usted, don Pablo? ¡Me deja usted asombrada! No esperaba yo una cosa semejante por parte de

usted, pues estando en la miseria más espantosa, se viene con estas amenazas. ¿Es esto lo que le encargó su hermano al ausentarse?

D. PABLO ¿Que quiere usted que le diga? Las cosas han cambiado, y me veo obligado á hacer lo que he dicho.

MARTA ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciada soy!

D. PABLO Lo creo; pero usted se tiene la culpa.

MARTA *(Asombrada.)* ¿Yo? ¿Y por qué?

D. PABLO Sí, usted, por no acceder á lo que le he manifestado varias veces.

MARTA No acierto á adivinar cuáles pueden ser sus intenciones, pero debo manifestarle, que conmigo nada alcanzará, don Pablo.

D. PABLO No coja usted las cosas por las ramas tan pronto, amiga mía. Lo que le propuse yo, necesita que lo medite detenidamente.

MARTA No tengo necesidad de ello.

D. PABLO En fin: si dentro dos horas cuando vuelva, no pueden pagar lo que me adeudan, *(acentuándolo)* tomaré otra resolución.

MARTA Es usted muy cruel con nosotros.

D. PABLO *(Enérgico.)* No tanto como usted se merece. *(Acercándose á ella.)* Aún es tiempo, Marta, reflexione usted, porque quizás después sea ya tarde.

MARTA He reflexionado ya bastante.

D. PABLO Bueno, bueno, en volviendo hablaremos más despacio, y veremos si usted se muestra tan intransigente y tan... como otras veces.

MARTA *(Con energía.)* Nada alcanzará.

D. PABLO ¿No? Veremos. Adiós.

MARTA *(Con desdén.)* Que usted lo pase bien.

ESCENA IV

MARTA, *sentada y llorando.*

¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre! En sus palabras se ve encerrada una ira terrible y por lo que acaba de decir aquí, me hace sospechar, que sea él el autor de tantas desdichas. *(Se levanta y luego entra en la segunda puerta izquierda.)* ¿Por qué, Dios mío, por qué dejas permanecer en la tierra á personas tan viles?

ESCENA V

ANTONIO, *saliendo por el foro.*

(May fatigado.) ¡No puedo respirar! He ido á todas partes en busca de trabajo, y ¡nada! todo inútil. Iba á un taller, pedía trabajo, me miraban, volvían á mirarme como si fuera un criminal, y decían con el mayor desprecio: «Por ahora no, si pudiera usted aguardar á que hubiera más trabajo...» Preguntaba cuánto tiempo podría tardar en haberlo, y decían: «Dentro un par de semanas quizás habrá.» ¡Un par de semanas! y durante este tiempo, ¿qué he de hacer para no morirme de hambre? «Hijo, no sé qué decirle», me contestaban. Iba á otro, y después de hacer lo mismo, decían: «Si pasara usted dentro de ocho ó diez días, miraríamos de ocuparle aunque fuera

por poco tiempo.» ¡Qué desgracia la mía! En vista de tales cosas, se me ocurrió la idea de visitar á un encargado amigo mío, por si podría colocarme, y ví de nuevo fallida toda mi esperanza, pues por toda contestación díjome, que como oficial ebanista no podia darme trabajo, que en tal caso, para mejorar algún tanto mi situación, me tomaría como mozo de almacén con un semanal de dos duros. Al oir tal ultraje, le interrumpí diciendo: *(Con sarcasmo.)* «Gracias, amigo mío, gracias; agradezco tu generosidad. ¿De esta manera socorrse tú á los amigos? ¿Es así como procuras aliviarles cuando se hallan en la miseria? No, amigo, no; yo necesito un pedazo de pan para mí y la familia, es verdad; pero jamás permitiré que abusen de mi necesidad, y que un amigo sin entrañas, como tú, me escarnezca de esta manera.»

(Pequeña pausa.)

¿Y qué hacer? ¿Qué haría yo para dar de comer á mi esposa y á mi hija? ¿Dónde iría yo á buscar trabajo? ¿Dónde he de acudir yo, si lo he buscado todo? ¡Todo! ¡Todo! ¡Oh, cuán triste es la vida del obrero! Busca trabajo y no lo encuentra; pide limosna y se lo impiden, y si por su desesperación comete algún desatino, lo prenden, perdiendo así el mayor tesoro que tiene, ¡la honra! *(Marcándolo bien.)* El mayor patrimonio que puede legar un padre á sus hijos. La honra, sí; ese símbolo de la clase obrera; esa palabra que suena de boca en boca, por la gran masa social, y que sin embargo, hay una gran parte de ella, que no la conoce más que por el nombre.

(Corta pausa.)

Y sin embargo, ¿de qué me sirve á mí el ser honrado? ¿De qué me sirve, si cuando me hallo en la miseria, si cuando se están muriendo de hambre mi mujer y mi hija no puedo decirles: «Tomad; ahí tenéis pan, saciad vuestro apetito»?

ESCENA VI

Dicho y MARTA.

MARTA (*Saliendo por la segunda puerta izquierda.*) ¿Estás ya de vuelta, Antonio?

ANTONIO Sí, Marta; ya estoy de vuelta; pero estamos del mismo modo que al marchar.

MARTA ¡Cómo! ¿No has ido á ver á don Ambrosio? Él dijo que pasaras hoy, que miraría de colocarte.

ANTONIO Sí; pero he llegado allí, he preguntado por él y me han dicho que estaba ausente.

MARTA (*Con asombro.*) ¿Ausente? ¡Es estraño!

ANTONIO ¿Por qué ha de ser estraño? Lo raro sería que le hubiese encontrado, porque es tanta nuestra desgracia que...

MARTA Pero si ayer mismo le vió mi madre.

ANTONIO Sería por la mañana; pero por la tarde recibió un telegrama y tuvo que marchar enseguida, por asuntos importantes.

MARTA ¿Y no saben cuándo volverá?

ANTONIO No saben nada.

MARTA ¡Es la única esperanza que me quedaba!

AETONIO ¡Y á mí también!

MARTA Pues nuestra situación, no puede ser más terrible. Há poco ha venido don Pablo y ha dicho que dentro de dos horas vendrá á que se le paguen las mensua-

lidades que le debemos, y que si no le pagamos se verá obligado á desahuciarnos. Con eso, ya puedes figurarte cómo vamos á quedar.

ANTONIO Pues yo esta mañana he ido á todas partes en busca de trabajo y todos me decían lo mismo: que volviera dentro de un par de semanas; de modo que durante este tiempo no tenemos más remedio que morirnos de hambre.

MARTA Pues esto es horrible.

ESCENA VII

Dichos y PEBITA.

PEPITA *(Saliendo por el foro,)* Mamá, mamá... *(Al ver á Antonio va á juntarse con él y le besa.) (A Marta.)* ¿Calle, pues está aqui papá y tú no me has avisado, eh?

ANTONIO No te enfades, Pepita, porque como ahora acabo de llegar, no es estraño que no te haya avisado.

(Marta, durante este diálogo, permanece silenciosa y llorando.)

PEUITA Es que...: Pero ¿por qué estás tan triste, papá? ¿Es que estás enfermo?

AETONIO No, hija mía, no; si no estoy triste; ¿no ves?

PEPITA Mira que tú quieres engañarme, y yo no quiero que me engañes.

ANTONIO Si no te engaño, si digo la verdad.

PEPITA Así me gusta, porque si me engañaras...

MARTA ¿Qué harías. hija mía?

PEPITA Reñiríamos; pero oye, mamá, ¿quieres darme un pedazo de pan, que tengo hambre?

MARTA ¿Que si quiero dártelo? Sí quiero; pero has de aguardar á que venga la abuela que traerá.

PEPITA Así ¿me dejas ir á recibirla?

MARTA Sí, hija, vé; que así estará más contenta.

PEPITA Sí, sí; voy corriendo. Adiós. *(Le besa y se dirige hacia Antonio, diciéndole:)* ¿No me das un beso, papá?

ANTONIO Sí, hija, sí; toma, no uno, mil te daré. *(Le da muchos.)*

PEPITA Adiós, papá. *(Vase por el foro.)*

ESCENA VIII

ANTONIO *y* MARTA.

MARTA *(Llorando.)* ¡Pobre ángel!

ANTONIO Sí, ¡pobre ángel! También ella tiene que sufrir las consecuencias de una miseria espantosa.

MARTA ¿Y qué hacer? Si don Pablo fuera más compasivo... si supiera que pidiéndoselo de rodillas había de obtener de él el que no nos echara á la calle...

ANTONIO Basta. ¡Cómo se ve que no conoces al mundo todavía! Si lo conocieras como yo sabrías que estos hombres tienen un corazón tan empedernido, que más que personas, son hienas con forma humana.

MARTA ¡Quién sabe! á veces...

ANTONIO Sí, sí, vive en la esperanza; si hubieras tratado más con esta clase de hombres, sabrías que tienen un corazón sin entrañas; ni tienen compasión de nadie, ni aun de su misma madre. Buena prueba de ello es lo ocurrido recientemente con la pobre señora Julia, pues teniendo un

hijo rico, éste ha permitido que tuviera que mendigar un pedazo de pan y finalmente ha tenido que morir en la miseria más horrorosa, y su inhumano hijo, corazón de tigre, no tuvo la delicadeza de ir á verla, ni aun después de muerta.

MARTA Es verdad; pero no todos son igual, pues ya sabes que cuando don Fernando estaba aquí, nos proporcionaba algún socorro que mejoraba en algo nuestra situación, y si no hubiera tenido que marchar, no hubiéramos llegado á tal extremo.

ANTONIO Sí; pero como don Fernando hay pocos.

MARTA Tienes razón. Si fuera cierto lo que dice madre, de que es fácil que pronto vuelva, entonces es casi seguro que nuestra suerte cambiaría.

ANTONIO Sí, pero no sé, me parece que tu madre ve todas las cosas de color de rosa, porque si así fuera, hubiera recibido directa ó indirectamente alguna carta ó aviso.

MARTA ¡Quién sabe! Quizás la haya recibido.

ANTONIO No puede ser, pues ayer mismo, dijo que hacía ya mucho tiempo, que no tenía noticias suyas.

MARTA Pues entonces, no sé qué vamos á hacer.

ANTONIO Ni yo tampoco, pues ya he agotado todas las esperanzas que tenía. ¡Ser honrado! ¿De qué me sirve el no haber hecho mal á nadie? ¿De qué me sirve? Si cuando me hallo sin recursos, si cuando me falta el alimento para mi familia, no hay ninguna persona que me diga: Toma, ahí tienes pan, ó trabajo con que ganarlo. Si la misma sociedad, en vez de ampararme, aún se burla de mí. ¿Es esto el mundo? ¿Es esto la vida? Sería cien veces mejor que al nacer me...

MARTA ¡Oh, Antonio mío, por favor!

ANTONIO ¿Pero no ves que ya es imposible aguantar más? ¿No ves que ya no tenemos más remedio que sucumbir, extenuados por el hambre?..

MARTA Es cierto. ¿Pero qué vamos á hacer?

ANTONIO No sé, Marta, no sé; pero no quiero estar por más tiempo de este modo. *(Se levanta y se dispone á salir, Marta le detiene.)* Adiós, Marta, hasta luego.

MARTA ¿Dónde vas? *(Sujetándolo.)*

ANTONIO No lo sé. Sólo puedo decirte que voy en busca de dinero.

MARTA ¿Y á dónde? Dí por favor, dímelo Antonio. *(Durante este pequeño diálogo Antonio hace inútiles esfuerzos para deshacerse de Marta.)*

ANTONIO Déjame ya. Ó esta tarde traigo dinero, *(Marcado)* ó el nombre de Antonio se perderá para siempre. *(Marcadísimo.)* *(Antonio al fin puede deshacerse de ella y váse por el foro.)*

MARTA *(Desde la puerta y llorando.)* ¡Antonio, Antonio!

ESCENA IX

MARTA, *llorando.*

¿Dónde irá, Dios mío, dónde irá? ¡Qué pensamientos tan horribles acuden á mi mente! ¿Qué ideas habrán asaltado su cerebro? ¿Si fuera el robo? ¡Oh no, imposible! El no es capaz de hacer una cosa semejante! ¡Ah, no puedo resistir el peso de tantas desdichas!

ESCENA X

MARTA, ROSA *y* PEPITA. (ROSA *con un pan que deja encima la mesa y* PEPITA *comiendo un pedazo. Las dos entrarán por el foro. Se adelanta hacia* MARTA.)

PEPITA — ¿Por qué lloras, mamá? ¿Es que se ha vuelto papá?

MARTA — Sí, hija, se ha marchado otra vez.

ROSA — ¿Y por eso lloras? Hija mía, eres insoportable.

PEPITA — ¿Y dónde ha ido?

MARTA — No lo sé, no ha querido decírmelo.

ROSA — ¿Y por eso te afliges de ese modo? Pues mira, si no te lo ha dicho, mejor; eso prueba evidentemente, que él tiene ya su idea hecha y no quiere que tú le estorbes.

MARTA — Sí; pero...

ROSA — Déjate de peros. Mira, si supieras tú las noticias que te traigo, no llorarías así.

PEPITA — Oh. si, mamá, nos han dado muy buenas noticias.

MARTA — ¿Sí? ¿Y qué es ello? A ver.

ROSA — Pues mira, nos acaban de decir, que Fernando, ha salido ya de Filipinas para ésta, y que dentro ocho ó diez días si no tiene novedad estará ya entre nosotros.

MARTA — ¿Y viene con su esposa?

ROSA — Nó; tuvo la desgracia de perderla.

MARTA — ¿Sí? ¡Qué lástima!

ROSA — Sí, y así es que el pobre tiene que venir solo.

MARTA — Bien, ¿y usted cree que él nos protejerá?

ROSA — Pues no lo he de creer. ¿Qué motivos hay para pensar lo contrario?

MARTA Ninguno; pero es tanta nuestra desgracia, que ya me parece imposible, que haya una persona tan caritativa que se compadezca de nosotros.

PEPITA *(La cual ha permanecido junto á Marta.)* Mira, mamá, me vuelvo á jugàr, eh?

MARTA Sí, vé,

PEPITA Bueno, adiós. *(Va á salir.)*

MARTA Y á la abuela, ¿no le dices nada?

PEPITA Es verdad, ¡pobre abuela!, ya no me acordaba. *(Adelantándose hacia Rosa.)* ¿Quieres darme un beso, abuelita?

ROSA Sí, toma.

PEPITA Adiós. *(Besándola.)* *(Vase por el foro.)*

ROSA *(A Marta.)* Y volviendo á lo de antes, debo decirte que de la bondad de Fernando no puedes dudar de ningún modo: ya sabes que siempre te ha querido á tí como á una hermana y á mí como á su madre.

MARTA Sí; pero la ausencia es madre del olvido.

ROSA Jamás olvidará Fernando que yo soy la que lo crió, ó sea su segunda madre.

MARTA Quiera Dios que así sea y que vuelva pronto, muy pronto, ó si no estamos perdidos; pues Antonio está desesperado, y sería capaz de hacer una locura.

ROSA Pues no dudes, que dentro de breves días estará ya aquí.

MARTA En fin; voy á llegarme á la tienda de la esquina á ver si hay algún encargo. Hasta luego. *(Vase por el foro.)*

ESCENA XI

ROSA.

Pues señor, la verdad es que el trance es duro; pero ¿qué le vamos á hacer? No

hay que apurarse por eso, ¡qué demonio! después de un tiempo malo viene otro bueno. Después de todo, en cuanto llegue Fernando, la suerte cambiará. Déjame ver lo que tienen por ahí y á ver si les hago un poco de comida, ó si no estoy segura que pasarían todo el día sin comer nada. *(Vase por la primera puerta derecha.)*

ESCENA XII

D. PABLO, *entrando sigilosamente por el foro.*

¿No hay nadie? Bien, aguardaré á que salgan, y entretanto miraré si he preparado bien mi plan para ponerlo en práctica antes que llegue Fernando. Vamos por partes.

Primero, para conseguirlo les protegí aún más de lo que me encargó mi hermano; luego, en vista de su intransigencia, empecé por retirarles mi protección y viendo que así tampoco podía lograr nada, hice que se quedaran sin trabajo los dos para empeorar así su situación y hacer que se rindiera; y cómo obtuve el mismo resultado, ahora les obligo á que paguen los meses de alquiler que me adeudan, y como quiera que no me podrán pagar, ya no le queda más remedio que ceder. ¡Oh, sí! esta mujer, esta mujer será mía: el plan está bien preparado, *(Escuchando.)* Mas... oigo pasos, alguien se acerca... *(Se levanta y se dirige hacia el foro para ver quién es.)*

ESCENA XIII

D. PABLO *y* MARTA, *y luego* ANTONIO.

MARTA (*Entrando sin apercibirse de D. Pablo que está á un lado de la escena.*) ¡Dios mío; nada, nada!

D. PABLO (*Con gozo.*) La suerte me favorece; la ocasión no puede ser más propicia: será mía.

MARTA (*Con asombro al ver á D. Pablo.*) ¡Ah! (*Saludándole.*) Buenos días, don Pablo. Es tanto lo distraida que voy, que no me había apercibido de que estaba usted aquí.

D. PABLO Lo creo, Marta, lo creo. Le extrañará á usted verme otra vez aquí, siendo así que no han transcurrido las dos horas; pero después de haberme marchado pensé que sería lo mismo ahora que después, porque de todos modos, me parece que ustedes no podrán pagarme.

MARTA ¿Y ha sido usted tan bondadoso, que ha pensado haber hecho mal...

D. PABLO Eso de que yo obre de esta manera, está en su mano; si usted se muestra dispuesta á corresponder á mi amor, como ya le he manifestado varias veces, entonces sí estoy dispuesto á transigir; pero de lo contrario, obraré de otra manera.

MARTA Esto jamás; primero morir en la miseria más espantosa, antes que hacer una cosa semejante. ¿Se ha figurado usted, acaso, que yo soy una cualquiera? ¿Se ha creido usted, que aunque pase miseria por eso

he de hacer una acción tan vil? No, don Pablo, nó; usted se ha equivocado, y me parece mentira que haya usted tenido valor para decirme una cosa de esta índole por cuarta vez.

D. PABLO Pero ¿no ve usted, hermosa Marta, que yo por usted lo haría todo, todo?

MARTA ¿Que está usted dispuesto á hacerlo todo por mí? Pues vamos á ver, qué pruebas me da usted de ello, á ver qué sacrificios hace usted para que yo no sufra de este modo.

D. PABLO Pues estoy dispuesto á hacer todo lo que usted me indique, con tal de que acceda á mis deseos.

MARTA ¡Oh no, eso jamás!

D. PABLO *(Con rabia.)* Pues yo haré que ceda usted, si no de grado, por fuerza.

MARTA ¡Nunca! Primero muerta..

D. PABLO Cálmese usted y reflexione, que si no accede tendrán que mendigar un pedazo de pan ó morirse de hambre. ¿Lo entiende? *(Acentuándolo.)*

MARTA *(Con energía.)* ¡Miserable! Salga usted inmediatamente de aquí, ó de lo contrapediré socorro. Salga usted aprisa; salga usted, ¡imprudente!

D. PABLO *(Con mofa.)* ¡Já, já, já, já! ¿salir yo? y ¿quién es usted para hacerme salir?

MARTA Ahora yo soy la dueña: por lo tanto salga usted de aquí inmediatamente; yo lo mando. *(Señala la puerta del foro en la que aparece Antonio, el cual pregunta asombrado:)*

ANTONIO ¿Qué sucede? ¿Qué pasa aquí? Dí, Marta...

MARTA *(Turbada.)* Nada... es que don Pablo...

D. PABLO Si: es que yo venía á ver si podían pagar lo que me adeudan.

ANTONIO ¡Miserable! Viendo que apenas podemos comer, se viene con estas exigencias.

Esto no es digno más que de hombres sin corazón, como usted.

D. PABLO (*Con enfado.*) ¡Voto á tal!

ANTONIO No se sulfure usted, don Pablo. (*Con sangre fría.*) Voy á pagarle. (*Saca de una cartera un billete de 50 pesetas y se lo entrega.*) Tome usted, hombre sin entrañas; tome usted las cincuenta pesetas que le adeudamos.

D. PABLO (*Aparte.*) ¡Tenían dinero! ¿De dónde lo habrán sacado? (*A Antonio.*) Está bien; me alegro mucho que hayan podido salir satisfactoriamente de este trance. Ustedes lo pasen bien y...

(*Va á salir, pero Antonio le detiene.*)

ANTONIO ¡Alto ahí! Antes de marchar, se servirá usted hacer un recibo en el cual conste que no le debo nada.

D. PABLO ¿Acaso duda usted de mí?

ANTONIO Sí, señor; puesto que hasta ahora usted ha tenido á bien ir cobrando sin hacer recibo alguno y ahora se viene usted amenazando con echarnos á la calle si no le pagamos; desde el momento que usted la pierde conmigo, yo también la pierdo con usted.

D. PABLO Pues así, si usted tiene papel y pluma, se lo extenderé enseguida.

ANTONIO Sí, señor. (*A Marta.*) Entrégale lo que pide.

(*Marta lo saca del cajón de la mesa y lo entrega á don Pablo.*)

MARTA Tome usted.

(*Don Pablo se sienta, lo extiende y se lo entrega á Antonio.*)

D. PABLO Vea usted si está conforme.

ANTONIO (*Después de leerlo.*) Está bien.

D. PABLO (*Aparte.*) ¡Oh! Yo procuraré valerme de otros medios. (*Saludando.*) Queden ustedes con Dios. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XIV

ANTONIO *y* MARTA.

MARTA (*Llorando.*) !Oh, Antonio! ¿Qué has hecho? Ese dinero ¿de dónde lo has sacado? ¿De dónde? ¡Oh! ¿No respondes?

ANTONIO Es que... me falta valor... (*Emocionado.*)

MARTA ¿Y por qué? ¿Por qué no puedes decírmelo?

ANTONIO Porque quisiera evitarte un pesar.

MARTA Dímelo; quiero saberlo sea lo que fuere.

ANTONIO Pues bien; siéntate y te lo diré, de todos modos has de saberlo.

MARTA Dí, pues, que estoy impaciente por saberlo.

ANTONIO Escucha pues. Como tú sabes, esta mañana he ido á todas partes en busca de trabajo, y ya sabes también el resultado que he obtenido. Habiendo ya agotado todos los recursos y hallándonos sin saber qué hacer, presa de la mayor desesperación, me lancé á la calle sin otra idea que la de encontrar dinero de un modo ú otro. Había andado un buen rato sin dirección ninguna, cuando de pronto ví una agencia de quintas, y guiado por un secreto presentimiento, me entré allí á ver si me podían proporcionar lo que buscaba, y faltando un sustituto para salir esta misma noche en la nueva expedición que mandan á Cuba, me contraté por la mísera cantidad de seiscientas pesetas, diciendo: aunque este medio es muy extremo, no me queda otro recurso para salir del paso.

MARTA ¡Oh, Antonio mío! ¿Qué has hecho? ¡Ah, nó! yo no quiero que te vayas, nó; no marcharás.

ANTONIO Sí, sí, he de partir y muy pronto: cuando yo doy una palabra la cumplo aunque pese á mí mismo.

MARTA Piensa que tienes una hija, piensa que nos dejas sin amparo á las dos. ¿Qué será de nosotras?

ANTONIO Pero ¿no ves que no hay otro remedio? Si no lo hago por mí, nó; es por vosotras, porque no quiero que sucumbáis en la miseria.

MARTA Pero... y marchando tú, ¿cómo vamos á quedar?

ANTONIO *(Entregándole un pliego.)* Toma; aquí, en este papel, hay la dirección de la agencia y la cantidad que te han de entregar. Tan pronto como yo salga de aquí ve á cobrar y con el dinero que te entreguen podréis pasar algún tiempo y si mientras tanto llega don Fernando, entonces él ya os protejerá.

MARTA Pero ¿y tú, Antonio, y tú? ¿Qué será de tí?

ANTONIO No te aflijas por mí, no temas: yo procuraré salir airoso en la pelea.

MARTA Pero, ¿y si desgraciadamente mueres en ella?

ANTONIO Entonces, rogad á Dios por mi alma. Este es mi deber; pues en un país donde los gobiernos no amparan al obrero con sus leyes, éste no tiene otro recurso que adoptar hasta los medios más extremos. Ha de ser patriota por fuerza, ha de defender la patria por los que en vez de hacerlo hacen la... y finalmente ha de morir en el campo de batalla, olvidado de todo el mundo. Ha de ser carne de cañón; ha de abandonar á toda su fami-

lia. Y todo, ¿por qué? Por el mero delito de ser pobre, por no tener dinero, ese vil metal que tantos daños causa á la humanidad. Sí, el pobre después de empuñar las armas por su mala suerte, se ve obligado para dar de comer á sus hijos, á volver por una mezquina cantidad al servicio, á pelear, sí, á defender los intereses de la patria dos veces, mientras otros no van nunca.

MARTA (*Suplicante.*) ¡Oh, Antonio, Antonio, por favor!

ANTONIO ¡Oh! Sí, Marta, sí: antes que pasar tales tormentos, es preferible la muerte.

ESCENA ULTIMA

ANTONIO, MARTA, PEPITA *y luego* ROSA.

PEPITA (*Que sale por el foro y corre á abrazar á Antonio.*) Hola papá: ¿estás ya de vuelta?

ANTONIO (*Besándola.*) Sí, hija... mía... ya estoy de vuelta; pero... (*Aparte.*) ¡Oh, Dios mío, dadme fuerzas!

PEPITA ¿Qué? ¿Te marchas?

ANTONIO Sí.

PEPITA ¿Y, á dónde?

ANTONIO Muy lejos.

PEPITA ¡Oh, no! Yo no quiero que te vayas.

ANTONIO Sí, hija mía; es preciso, no hay más remedio, he de partir muy pronto.

PEPITA ¿Y cuándo volverás?

ANTONIO (*Aparte.*) ¡Oh, que dolor tan grande! (*A Pepita, besándola.*) No lo sé. (*Dirigiéndose á Marta.*) Marta, es hora de

marchar, no puedo resistir por más tiempo este tormento, el corazón se me despedaza... *(A Pepita.)* Ve, Pepita, vé á llamar á la abuela.

(Pepita váse por la primera puerta derecha.)

(A Marta con mucho sentimiento.) Marta, ha llegado el momento de nuestra despedida; no sé si será la última: por lo tanto, cuida bien de nuestra hija, edúcala lo mejor que puedas, para que después se haga acreedora al aprecio de todos.

MARTA *(Llorando.)* ¡Antonio!...

ANTONIO Ten valor, Marta, ten valor; los azares de la guerra, tal vez cambien nuestra suerte.

(Se abrazan los dos llorando.)

ROSA *(Que sale junto con Pepita por donde entró.)* ¿Por qué lloráis?

ANTONIO Madre, la he mandado llamar, para hacerle un encargo: Usted, que es ya de madura edad, cuide bien de Marta y de mi hija; no sé cuando nos veremos.

ROSA *(Con asombro.)* ¡Cómo! ¿Qué? ¿Te marchas?

ANTONIO Sí.

ROSA ¿Y á dónde?

ANTONIO Ya se lo dirá luego Marta, yo no tengo tiempo que perder. *(Abrazándola.)* Adiós, madre.

ROSA *(Algo conmovida.)* Adiós, hijo mío, adiós.

ANTONIO Adiós, Marta; no olvides lo que te he dicho.

(Se abrazan y luego id. á Pepita.)

Adiós, hija mía; no olvides á tu padre.

(Marta, llora y Antonio muy conmovido se dirige hacia la puerta del foro.)

MARTA *(Corriendo á buscarlo.)* ¡¡Antonio!!

ANTONIO (*Volviendo.*) ¡¡Marta!!

(*Se abrazan los dos, luego abraza á Pepita y váse por el foro dando muestras de gran sentimiento.*)

MARTA (*Abrazando á Pepita.*) ¡Hija mía!

(*Quedan abrazadas las dos llorando.*)

(*Cuadro y telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa el salón de una torre en las afueras de Barcelona. Puertas laterales y al foro: á la derecha ventana.

ESCENA PRIMERA

MARTA *sentada junto á una mesita.*

(*Sollozando.*) ¡Siempre abismada en el mismo pensamiento! Ni el tiempo, ni los consuelos que me prodiga mi familia, han sido suficientes para borrar de mi memoria la noticia inesperada y cruel. ¡Pobre Antonio mío! El tan bueno y tan honrado, tener que morir allí, en el campo de batalla, desamparado de todos, lejos de su familia, lejos de su querida hija á quien él tanto amaba. A pesar de los esfuerzos de don Fernando, á pesar de los cuidados que me está prodigando para que me tranquilice, no he logrado conseguirlo. ¡Siempre el mismo recuerdo, siempre el mismo!

ESCENA II

MARTA, PEPITA *y luego* D. FERNANDO.

PEPITA (*Saliendo por el foro.*)¿ Qué tienes, mamá? ¿Por qué lloras?

MARTA Por nada, hija; si no lloro ¿ves?

PEPITA ¡Oh, no mamá, no; á tí te aflige algún pesar, y tú quieres ocultármelo. (*Muy cariñosa.*) Dí, ¿por qué llorabas?

MARTA No era nada, hija mía; era tan sólo... un recuerdo.

PEPITA Sí, tienes razón, un recuerdo doloroso para las dos; pero no siempre has de afligirte de este modo. Ahora ya no hay remedio, y además, es preciso tener valor para sufrir las incomodidades de la vida.

MARTA (*Besáudola.*) ¡Pobre hija mía! Tú quieres consolarme á mí, y sin embargo, de tus hermosos ojos están brotando lágrimas.

PEPITA Es verdad; pero es porque siempre te veo triste y afligida, y esto me hace desconsolar, y mucho más no pudiendo estar á tu lado. (*Con mucho mimo.*) Mira, mamá, ¿sabes qué he pensado?

MARTA No sé.

PEPITA Que no me vuelvas al colegio.

MARTA ¿Acaso no estás bien allí?

PEPITA Sí, mama; ya estoy bien, pero me gusta más estar junto á tí.

MARTA Pero, ¿no ves que si no vas al colegio ahora que tienes un protector, quizás después ya no puedas y tendrás que vivir en la ignorancia, porque nosotros

somos pobres, hija mía, y si ahora vas, gracias á don Fernando que nos ampara y proteje.

PEPITA No, si no es eso: lo que yo quiero es verte más ratos que ahora. En fin, lo que yo deseo, es ser externa en vez de interna.

MARTA Sí; pero y don Fernando, ¿qué dirá?

PEPITA Nada, si ya lo sabe.

MARTA Sí? ¿y qué dijo?

PEPITA Dijo que si tú lo querías, él no se opondría á ello.

MARTA ¿Eso dijo?

PEPITA Sí, mamá, sí... *(Viendo á don Fernando que sale por la primera puerta izquierda.)* Mira, aquí viene. *(A don Fernando.)* ¿Verdad que usted ya lo quiere que sea externa?

D. FER. Sí, hija mía, sí; yo también lo quiero. Desde el próximo mes en que se reanudan las clases, si tu mamá quiere, no irás al colegio más que á las horas de clase.

PEPITA *(Muy contenta y besándole la mano.)* ¡Oh, gracias! Usted es mi segundo padre. Voy á decírselo á la abuela. Usted lo pase bien. *(A Marta.)* Hasta luego, mamá.

(Les besa á los dos y váse por el foro.)

D. FER.
MARTA } Adiós.

ESCENA III

MARTA *y* D. FERNANDO.

MARTA ¡Qué bueno es usted! nunca le podré pagar tantos favores.

D. FER. Mira, Marta: si quieres pagármelos, em-

pieza por no hablarme más de ellos, y al mismo tiempo desearía que fueras más cariñosa conmigo; porque, ¿no te parece á tí que el tratarme de usted á mí, que hemos pasado nuestra infancia juntos, no demuestra el cariño que parece debe existir entre nosotros?

MARTA ¡Oh, gracias, Fernando, gracias! Tú siempre cariñoso y bueno.

D. FER. No tanto como tú mereces; para tí, todo es poco: lo que yo quisiera es hacerte feliz, verte alegre, risueña...

MARTA ¡Ay, Fernando! No puedo; yo bien quisiera; pero este recuerdo, este dolor que me mata. ¡Pobre Antonio mío! No te ofendas, Fernando, y perdona si...

D. FER. Jamás podrá molestarme el recuerdo de personas que han sido dignas de mi aprecio. ¡Dichosos los que al menos pueden llorar á un bien querido como tú haces! No cabe en mí tal suerte.

MARTA ¡Cómo! ¿No perdiste tú una esposa buena y cariñosa?

D. FER. *(Con indiferencia.)* Sí, perdí una esposa.

MARTA ¿Acaso no correspondía á tu amor?

D. FER. A la faz del mundo sí; pero para mí no. Aunque por eso lo sufrí todo, sin decir á nadie lo que entre los dos pasaba.

MARTA ¿Entonces, sufrías á su lado?

D. FER. Mucho, y aunque entonces lo callé todo, hoy que ya no existe, para que se lo echen en cara, puedo decírtelo, pues eres mi hermana y confío guardarás el secreto.

MARTA Seré muda, confía en mí.

D. FER. Pues escucha, y verás lo que he sufrido en esta vida. Empezó mi desventura el día fatal en que me separé de tu casa; pues en ella estaba bien, nada me faltaba, con una madre cariñosa y buena

como es la tuya, y una hermana que me amaba, pues como á tal te tuve yo, y como á tal creía amarte; pero el día en me separé de tí, ¡ay! entonces comprendí que mi amor no era este, entonces comprendí cuánto te amaba; pero ya era tarde: tenía mi palabra empeñada y no podía volver atrás. Debido á los consejos de mi hermano, me casé con una mujer que, según él (que no veía en ella más que el vil metal), era muy buena, y que sin embargo, en la frente ya llevaba el sello de la deshonra.

MARTA (*Con pesar.*) ¡Qué infamia!

D. FER. Considera, pues, si yo puedo llorar á una mujer, que yo cumpliendo con el deber de un esposo digno, me hubiera guardado de faltarle, y que, sin embargo, ella me deshonró sin tener para nada sus deberes de esposa.

MARTA ¡Pobre Fernando!

D. FER. No acaba aquí todavía.

MARTA ¿Aún más?

D. FER. Sí, Marta, sí; mi sufrimiento fué mayor, cuando después de marchar de aquí para ver si podía ocultar mi deshonra y si al mismo tiempo lograba que mi esposa dejara aquella vida, supe que te casabas. Entonces, debido al amor que por tí sentía, se apoderaron de mí los celos; pero calmó algún tanto mi dolor, el saber que habías encontrado un esposo digno y que vivías feliz.

MARTA ¿Y lejos de aquí, no fué buena tu esposa?

D. FER. Así lo creía yo al principio; pero desgraciadamente, tuve que ver muy pronto lo contrario.

MARTA De modo que ni así lograste...

D. FER. Nada absolutamente; al principio todo iba bien; pero á los dos ó tres meses, es

decir, cuando ya había trabado amistad con muchas personas, empezó de nuevo en nuestra casa el malestar de antes. Mas por fin llegó un día, que teniendo que marchar por asuntos urgentes á Ilo-Ilo, cuando regresé á mi casa, en vez de encontrar á mi esposa, no encontré más que una carta, en la cual después de ultrajarme, se despedía burlándose de mí.

MARTA ¿Y no la volviste á ver?

D. FER. No, pues sólo supe de ella, el día que me llamaron á declarar en la causa que se seguía á su amante, por haberla asesinado.

MARTA *(Con horror.)* ¡Qué horror!

D. FER. Sí, Marta, sí; ¡qué horror!

MARTA ¿Y cómo fué que te llamaron á declarar?

D. FER. Porque ella antes de morir, tuvo la osadía de decir que yo era su esposo.

MARTA ¡Qué descaro!

D. FER. Ya ves, pues, lo que he tenido que sufrir durante mi ausencia.

MARTA Mucho; pero por fin ha llegado el día en que cesen tus sufrimientos de una vez.

D. FER. Aún no ha llegado, Marta, aún no.

MARTA Pero...

D. FER. Es que aún habiéndolo sido de tus propios labios, no será completa mi felicidad, hasta el día en que pueda llamarte mi esposa.

MARTA Pero al fin no tardará en llegar este día.

D. FER. Demasiado.

MARTA Mucha desconfianza tienes.

D. FER. ¿Que quieres? Soy así. *(Sacando el reloj.)* Son ya las cuatro y á esta hora debía estar en casa don Luis.

MARTA Yo también he de ver á doña Agripina.

D. FER. ¿Sí? pues entonces si quieres venir ahora, tendré el gusto de acompañarte.

MARTA Sí, iré, pues me parece que ya está en casa.

D. FER. Pues vamos, que don Luis estará impaciente.

MARTA Vamos. *(Vánse por el foro.)*

ESCENA IV

ROSA, *saliendo por la segunda puerta izquierda.*

¡Hola, hola! ¿No hay nadie? Ya se ve, como está tan cerca el día de la boda, están muy ocupados en hablar de su risueño porvenir. Y eso que á mi hija aún no se le ha quitado la terrible noticia de la muerte de su esposo; y la verdad es que el pobre bien lo merece; porque, ¿por quién fué él á Cuba, y murió allí sin amparo de nadie? Pues por lo mucho que le quería á ella y á su hija. Pero de todos modos, como no es propio que le dure siempre, espero que si se casa con Fernando, pronto se le pasará. Yo, cuando niños, ya lo decía: Estos dos serán esposos con el tiempo, y veo que lo adiviné. *(Mutis.)*

ESCENA V

D. PABLO *y* LORENZO, *saliendo por el foro.*

D. PABLO ¿Con que dices que han salido?

LORENZO Sí, señor; pero doña Marta no puede tardar en volver, porque ha ido cerca.

D. PABLO Bien, aguardaré un rato. ¿Y cómo tenéis el jardín tan abandonado?

LORENZO Diré á usted: Hace algunos días que despidieron á Manuel, y teniendo que marchar dentro breves días, don Fernando para ahorrar trabajo al que ha de venir, díjole que si no le venía mal, podía trasladarse él y los muebles á la nueva habitación, á lo cual parece que aquél accedió muy gustoso.

D. PABLO ¿Y por qué causa le despidió?

LORENZO Respecto á esto, no podré decir á usted más que lo que se dice de boca en boca, pues lo que es el señor, como usted comprenderá, no nos lo ha manifestado.

D. PABLO Bueno, no importa, dí lo que sepas.

LORENZO Pues, verá usted: parece que de algún tiempo á esta parte se notaba la falta de objetos de más ó menos valor: en vista de ello y no sabiendo á punto fijo quien podía ser el ladrón, don Fernando se puso en acecho, y el resultado no se hizo esperar; pues habiéndose dejado mi señor el reloj de oro que llevaba, encima la mesa-escritorio de su despacho, pudo él mismo ver quien era el que tan villanamente obraba con un hombre tan bueno, que difícilmente se hallaría en la tierra otro que le iguale.

D. PABLO ¿Y qué hizo entonces mi hermano?

LORENZO Entonces, sin decirle nada sobre este asunto, al día siguiente le dijo que podía retirarse, pues no necesitaba ya de sus servicios.

D. PABLO No hubiera obrado yo de tal conformidad, pues un ladrón sólo debe inspirar desprecio y odio á la vez.

LORENZO Pues sin embargo el muy infame, aún se atrevió á amenazarle, diciendo que se acordaría de él.

D. PABLO ¿Eso dijo?

LORENZO Sí, señor.

D. PABLO Pues guardarse de él, porque á veces estos hombres, aprovechan el menor descuido, para llevar á cabo su venganza.

LORENZO No hay cuidado: soy yo bastante para descuartizar á este hombre y al que se atreva á tocar á mi amo.

D. PABLO Sí; pero á veces la voluntad engaña.

LORENZO Eso es según la clase de hombres. No tenga usted cuidado: á mí no me engaña la voluntad.

D. PABLO Sí, vamos, ya veo que le amas mucho; pero... dejemos esto. ¿Has dicho que marcháis de esta casa?

LORENZO Sí, señor.

D. PABLO ¿Y sabes tú dónde está la nueva habitación?

LORENZO Si mal no recuerdo está en la calle de las Cortes.

D. PABLO ¿Y tú la has visto?

LORENZO Sí, señor; y por cierto que me gusta mucho.

D. PABLO ¿Es decir que es más bonita que esta?

LORENZO Ya lo creo; es mucho más lujosa, y además está en calle más céntrica.

D. PABLO ¿Y sabes tú por qué marcha de aquí?

LORENZO (¿A qué vendrán tantas preguntas?) *(A don Pablo.)* Lo ignoro.

D. PABLO ¿Y qué? ¿Se casará pronto mi hermano?

LORENZO (Empieza á llamarme la atención.) No sé, porque usted puede comprender que don Fernando no viene á contarme á mí estas cosas.

D. PABLO Sí; pero á veces, aún que no se lo cuenten á uno...

LORENZO Puedo asegurar á usted que no se absolutamente nada. (Me prepararé por si acaso.)

D. PABLO ¿Y por... *(Se oye el llamador.)*

LORENZO Usted dispense; pero parece que han llamado. A ver quien es.

D. PABLO Sí, anda.

LORENZO Hasta luego. *(Vase por el foro.)*

D. PABLO Adiós... imbécil.

ESCENA VI

D. PABLO.

Quizá he cometido una imprudencia al hacer tantas preguntas. Temo haberle llamado la atención; pues últimamente contestaba de un modo... Pero bah! quizá sea todo ilusión mía, porque éste no puede pensar mal sabiendo que soy hermano de Fernando; y además *(Resuelto.)* me era de todo punto indispensable hacerlas. Ahora lo que me conviene es que llegue pronto Marta, á ver si puedo conseguir mi objeto, pues esta vez vengo decidido á todo, y será mía, aunque para ello tenga que... *(Se oyen pasos.)* Pero oigo pasos. A ver quien será.

ESCENA VII

Dicho, MARTA *y luego* FERNANDO.

D. PABLO *(Con gozo al ver á Marta.)* (¡Ella!)

MARTA *(Con sorpresa al ver á don Pablo.)* (¡Ah! ¿A qué habrá venido?) *(Saludando.)* Adiós, don Pablo.

D. PABLO Él guarde á usted, doña Marta.

MARTA ¿Viene usted á ver á don Fernando?

D. PABLO Sí, y no. *(Con intención.)*

MARTA No comprendo.

D. PABLO Me expresaré: Mi principal objeto no ha sido ver á don Fernando, sino á usted.

MARTA *(Con asombro.)* ¿A mí?

D. PABLO Sí, á usted; para tratar de cierto asunto, que tal vez ya habrá adivinado.

MARTA No sé á punto fijo...

D. PABLO Pues el objeto de mi visita, el de ver á usted, como ya he manifestado, es para repetirle lo que ya le he dicho más de una vez. ¿No entiende usted todavía?

MARTA (Disimulemos.) No, señor.

D. PABLO No puedo creer por más tiempo, que usted no me haya comprendido aún; pero ya que usted se empeña en que yo vuelva á manifestárselo... no tengo inconveniente en ello.

MARTA (¿Tendrá valor? ¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre!) *(A don Pablo.)* Puedo asegurar á usted que...

D. PABLO No continúe usted fingiendo por más tiempo, porque con ello no ha de ganar nada.

MARTA Caballero...

D. PABLO No se sulfure usted, pues ya le he dicho que estoy dispuesto á repetirlo. A ver si de este modo...

MARTA Diga usted; pero le suplico que sea breve, pues tengo que cumplir un encargo.

D. PABLO Lo seré: usted recordará cuando menos, que en distintas ocasiones y lugares, le he manifestado el deseo que tenía de que usted correspondiera á mi amor, cosa que usted rechazó, primero, alegando que era casada y que por lo tanto debía ser fiel á su marido; y ahora que

es usted viuda, y por lo tanto libre de sus acciones, le pregunto por última vez: ¿qué contesta usted á mis deseos?

MARTA Pues, ahora le digo á usted lo mismo que las otras veces; es decir, esta vez tengo que añadir á ello, que no se canse usted más en hacerme estas preguntas, porque siempre ha de obtener lo mismo. *(Muy resuelta.)*

D. PABLO (*Con enfado.*) ¿Qué quiere usted decir?

MARTA (*Id.*) Que aún qne fuera libre como usted supone, le diría á usted que no.

D. PABLO (*Id.*) ¿Cómo?

MARTA Lo que usted oye. Jamás podré pertenecer yo al hombre que me robó la dicha y la paz del corazón.

D. PABLO Modérese usted, señora, y no quiera insultar de este modo á quien tanto la ama, al que por usted haría todo cuanto se le exigiese, con tal de obtener de usted el único favor que le pido.

MARTA Pues éste se lo niego yo. (*Muy resuelta.*)

D. PABLO (*Con rabia.*) (¡Oh, maldición!) (*Enérgico.*) Cederá usted, sino de grado por fuerza.

MARTA (*Id.*) ¡Nunca! ¡Antes morir!

D. PABLO Ya que usted quiere que emplee la fuerza, sea. (*Se dirige hacia ella con ademán de cojerla.*)

MARTA (*Huyendo.*) ¡Ah! ¡Socorro, socorro!

D. FER. (*Que sale por el foro y cogiendo á don Pablo con ira, lo separa de Marta.*) ¡Atrás, infame!

D. PABLO (*Con ira.*) ¡Ira de Dios!

D. FER. Jamás hubiera creído que obrases tan villanamente como has hecho.

D. PABLO (*Con ira.*) ¡Vive Dios! Piensa que soy tu hermano.

D. FER. Marta, déjanos un momento solos.

MARTA Fernando...

D. FER. No tengas cuidado.

MARTA Adiós. (*Váse por la primera puerta derecha.*)

ESCENA VIII

D. PABLO, D. FERNANDO *y luego* MARTA.

D. FER. Ya estamos solos. Con que decías...

D. PABLO Que pienses que soy tu hermano.

D. FER. (*Enérgico.*) ¡Mientes! Jamás lo has sido. ¡Mi hermano! Así lo creí yo al principio; así esperaba yo poderte llamar aún después de saber lo que eras; pero el tiempo y tus hechos se han encargado de hacerme ver lo contrario, de hacerme ver que el nombre de villano que te da la sociedad, lo tienes sobradamente merecido. Así, Pablo, ya lo ves: no quieras usurpar el nombre de hermano mío, no, tú no lo puedes llevar, porque en realidad no eres más que un vil bastardo, que ha venido al mundo para robar todo lo que á mí me pertenece; pues has de saber, Pablo, que hasta lo más sagrado me robaste. Sí, Pablo, sí, me robaste la honra, y sin embargo, yo al principio te amaba como un hermano, porque yo pensaba que tú ninguna culpa tenías de la falta que cometió nuestro padre, y sin embargo, tú has correspondido á mi cariño, con ofensas, ultrajes y engaños. Pero, ¿á qué perder el tiempo inútilmente? Ahora sólo debo hacerte una pregunta, á la cual vas á contestar enseguida: ¿Qué es lo que buscas en mi casa? ¿Aún

no estás contento de tus injusticias? ¡Canalla! ¿Aún no estás satisfecho de tus infamias? Dí, Pablo, dí. ¿No respondes?

D. Pablo Es preciso, Fernando, que tengas calma, y moderes un tanto tu lenguaje.

D. Fer. ¿Que tenga calma? ¡Cómo puedo tenerla delante de tí, que has sido la desgracia de mi familia, la muerte de mi pobre madre, y la deshonra mía, aconsejándome que me casara con una mujer infame. Y no porque tú no lo supieras no, sino para poderte quedar así con una suma que era el precio de mi deshonra. Y no contento con eso, ¿aún vienes á robarme lo que más quiero en el mundo? Sí, Pablo, sí; Marta es mi vida, está bajo mi protección, y ¡ay de aquel que se atreva á insultarla, pues por ella derramaré si es preciso, hasta la última gota de sangre!

D. Pablo Pero ¿quién te ha dicho á tí, que yo quiero robártela?

D. Fer. Tu mismo. (*Resuelto.*)

D. Pablo ¿Yo? (*Asombrado.*)

D. Fer. Sí, tú lo has dicho, y es inútil que lo niegues, pues lo he oído todo.

D. Pablo (¡Escuchaba!)

D. Fer. Y ahora lo comprendo todo, sí: la marcha del pobre Antonio y la miseria en que se hallaba esta pobre gente cuando yo llegué á Barcelona, todo fué una infamia tuya, tramada para poder lograr tus deseos; pero afortunadamente llegué á tiempo para defenderla, y la he de defender aún que sea á costa de mi propia vida, pues has de saber, Pablo, que los daños que á mí me has causado, no me importan nada no; lo que yo quiero es que cuando menos dejes en paz á los

demás, lo que yo no puedo tolerar es que insultes á Marta: eso no lo consiento de ningún modo, y para que veas que lo que digo es cierto, vas á pedir perdón á Marta de las ofensas que le has hecho.

D. PABLO (*Enérgico.*) ¡Eso nunca! Ya estoy cansado de tanto sermón. (*Resuelto.*) Lo que has dicho, ¡no lo haré ni ahora ni nunca!

D. FER. ¿Qué dices, miserable?

D. PABLO Digo que no lo haré. ¿Quién es al fin y al cabo esa mujer, para que yo me humille delante de ella? Una manceba tuya.

D. FER. (*Enérgico.*) ¿Qué estás diciendo, infame? ¡Marta, tan buena y tan honrada, insultada por un monstruo como tú! Nunca hubiera creído tanta perversidad en tí; pero yo haré que te retractes de lo que acabas de decir ahora mismo.

D. PABLO Jamás hice una cosa semejante.

D. FER. Pues ahora lo harás. (*Llamando.*) ¡Marta! ¡Marta!

D. PABLO (*Con asombro.*) ¡Cómo! ¿Qué vas á hacer?

D. FER. Pronto lo verás.

MARTA (*Saliendo.*) ¿Llamas, Fernando?

D. FER. Sí, ven acá; levanta la cabeza. (*Levantándosela.*) Pablo, mira como esa frente pura refleja la honradez y la virtud, mírala, y dí si es tan limpia la tuya como la que tu has ultrajado hace un instante. (*Viendo que no la mira.*) ¡Ah! ¿No la miras? ¿Acaso reconoces que has faltado? Disponte pronto, Pablo, á pedir perdón á la que tú has tenido el atrevimiento de faltar tan villanamente.

D. PABLO ¡Oh, no, jamás! Pedir yo perdón á una mujer, ¡nunca, mal que te pese!

D. FER. ¿Y si yo te lo mandara?

D. Pablo (*Enérgico.*) Aún que lo mandara mi padre, no lo haría.

D. Fer. (*Id.*) Pues yo te lo exijo, y lo harás á pesar de los pesares.

D. Pablo ¡Nunca! (*Resuelto.*)

D. Fer. ¿Qué no? (*Disponiéndose á hacerle arrodillar.*)

D. Pablo ¡Jamás!

(*Luchan un rato los dos y al fin don Fernando, le hace caer de rodillas.*)

D. Fer. ¡De rodillas, miserable!

D. Pablo (¡Maldición! (*Cae arrodillado á los pies de Marta.*)

Marta ¡Fernando, por Dios!... (*Suplicante.*)

D. Fer. No temas, es un cobarde, ¿no lo ves? Estos hombres todos son iguales. (*A don Pablo, señalándole la puerta del foro.*) Ahora vete y no vuelvas á pisar más los umbrales de esta casa.

D. Pablo (*Con ira.*) (Me ha humillado; pero yo me vengaré.) Sí, ya me voy; mas acuérdate de lo que has hecho conmigo.

D. Fer. Y tú piensa que todo cuanto hagas, será inútil, pues esta mujer está bajo mi protección y yo velaré por ella.

D. Pablo (Veremos quien de los dos velará más.) (*Váse por el foro.*)

ESCENA IX

Dichos, menos D. Pablo.

D. Fer. (*Viendo que Marta llora.*) ¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

Marta Nada; pero temo que ese hombre nos va á dar que sentir.

D. Fer. No hay cuidado: yo conozco muy bien el

carácter de Pablo, y sé muy bien que no se atreverá ya con nosotros.

MARTA A veces...

D. FER. No temas, es demasiado cobarde para intentar cosa alguna.

MARTA Por la misma razón de que es cobarde, temo yo de él cualquier cosa.

D. FER. No comprendo por qué.

(Desde este punto, irá oscureciendo.)

MARTA Pues es muy sencillo. El hombre cobarde, siempre y en todos los casos suele ser traidor, y como cuando tú lo humillaste delante de mí, juró vengarse, temo que, aunque sea á traición, lo cumplirá.

D. FER. No creas tal. ¿Pero á qué perder el tiempo hablando de un hombre que no merece en nosotros más que el olvido. Vé tú á descansar que bien lo necesitas, y yo en concluyendo un pequeño trabajo que aún tengo que hacer, haré lo mismo.

MARTA Así lo haré, y Dios quiera que me equivoque.

D. FER. ¿Y quién duda que así será?

MARTA Pues, adiós, y hasta mañana. *(Váse por la primera puerta derecha.)*

D. FER. Adiós.

ESCENA X

D. FERNANDO.

¡Pobre Marta! ¡Cuán desgraciada es! Y todo ¿por qué? Por culpa de este miserable, á quien yo en mal hora llamé hermano. Sólo á él, debo achacar hoy la

desgracia de esta infeliz y la mía propia. Bien claramente lo veo ahora; pero ya es tarde, ya no puedo remediar el pasado: hoy sólo me queda el deber de velar por el porvenir y lo haré desde este momento, pues viendo estoy que para librarme de él, no me quedará otro remedio que partir de aquí, porque de lo contrario, este miserable sería capaz de hacer cualquier barbaridad con esa pobre mujer.
(*Mutis por la 1.ª puerta izquierda.*)

ESCENA XI

LORENZO *con un quinqué, el cual deja encima la mesita, y al final* ROSA *y* PEPITA.

¿Qué habrá pasado aquí? He visto salir á don Pablo de una manera... Parecía un espectro. Su rostro pálido, sus ojos que parecían saltarle de las órbitas, su paso acelerado, y todo, en fin, indicaba en él gran confusión. Y luego el modo particular con que lo examinaba todo; todo ello me induce á creer que este miserable está tramando algún plan; pero que no se descuide, porque... no puede figurarse que yo he sabido de él algún caso curioso... (*Con rabia.*) Pero ¡vive Dios! que no he de perderle de vista.
(*Lorenzo hace medio mutis y salen Rosa y Pepita por el foro.*)

ROSA ¿Sabes dónde están Marta y Fernando?

LORENZO No sé; pero me parece que estarán en sus habitaciones.

ROSA Bien, bien, era sólo por saber si habían salido.

LORENZO Sí, salieron; pero ya hace un buen rato que han vuelto.

ROSA Está bien.

LORENZO Entonces, si no manda nada más, iré á ver á...

ROSA Sí, vé; pues no es cosa que llegues tarde.

LORENZO Queden ustedes con Dios. *(Váse por el foro.)*

ROSA
PEPITA } Adiós.

ESCENA XII

Dichos, menos LORENZO.

PEPITA ¿Dónde va Lorenzo?

ROSA A ver á una hermana suya que se está muriendo.

PEPITA ¡Oh! *(Con acento compungido.)* ¿Y quién era aquella señora que ha venido y lloraba de aquel modo?

ROSA Era una tía suya que ha venido á darle la noticia. Mira, voy á calentar la leche y en cuanto vuelva irás á la cama, porque, si fuera por tí, no irías nunca.

PEPITA Vé; pero cierra las puertas y vuelve pronto, porque estando sola y sin Lorenzo, tengo miedo.

ROSA Bueno, cerraré. *(Váse por el foro, cerrando tras sí la puerta.)*

ESCENA XIII

PEPITA.

Me entretendré leyendo alguna poesía de este libro, en tanto venga la abuela.

(Coje un libro que habrá encima la mesita, y luego sentándose lee.)
«Las cuatro estaciones de la mujer.»
(Hablando.)
Esta debe ser bonita, voy á ver.
(Leyendo.)
Niña gentil y ligera
Cual la blanca mariposa,
(Va durmiéndose.)
Alza sus... alas... ansiosa...
Al nacer... la... primavera.
Como en la estación primera,
(Casi dormida.)
Se halla... de... su...
(Bosteza.) ¡Aaaay! *(Vuelve á dejar el libro en donde estaba.)*
(Hablando.) Ay, no puedo leer: tengo un sueño tan inmenso, que no me costaría gran trabajo dormirme enseguida. Me iré á la ventana, tal vez allí no me dormiré. *(Lo hace.)* Mas, calla, alguien se acerca por allí. *(Asomándose.)* Parece la figura de un hombre. *(Vuelve un poco atrás.)* ¿Quién podrá ser? A estas horas, no acostumbra visitarnos nadie. *(Con miedo.)* ¡Y se dirige hacia aquí! ¿Será Lorenzo que vuelve? A ver si subirá. *(Pequeña pausa.)*
(Oyendo un ligero rumor.) Parece que se oye un pequeño rumor, no muy lejos. *(Con mucho miedo.)* Tengo miedo; iré á llamar á la abuela. *(Se dirige hacia el foro, forcejea la puerta, y al ver que está cerrada, dice con desespero:)* ¡Está cerrada! *(Se vuelve, y al ver la mano de don Pablo por la ventana, corre á esconderse en la segunda puerta izquierda, horrorizada.)*
(Con gran desespero.) ¡¡Ah!!

ESCENA XIV

Dicha y D. Pablo *que salta por la ventana.*

(Con mucho misterio.) No hay nadie, y sin embargo hay luz: ¿por qué estará aquí? ¿Será un descuido, ó bien es costumbre? *(Escuchando.)* No se oye nada, ni siquiera la respiración de persona alguna. Apagaré la luz, así aún que venga alguien, no podrá verme. *(Lo hace.)*

Pepita (*Asomándose.*) ¿Por qué apagará la luz? ¡Si yo pudiera llamar!...

D. Pablo (*Satisfecho.*) Ahora veremos quien de los dos podrá más, Fernando. Llegó la hora de mi venganza. Tú me declaras la guerra: pues bien, yo la acepto y ha de ser sin cuartel. Tú me llamaste cobarde: bueno, lo seré; pero veremos quien vencerá, si yo que soy un cobarde, (*Con sarcasmo.*) ó tú que no lo eres.

Pepita ¿Pero quién es este hombre? ¿Qué esperará?

D. Pablo Tu primera boda la arreglé yo, porque así me convenía; pero ésta es todo al revés; me conviene que no se realice, y yo haré que así sea, pues de lo contrario lo perdería todo, y he jurado por mi nombre, que han de ser mías, tanto esa mujer como tu fortuna. Por ahora todo va bien; tengo tomadas mis precauciones y... *(Se oye ruído de papeles en la habitación de Fernando.)* Pero calle, peréceme oir ruído por ese lado. (*Por la habitación antedicha.*) Preparémonos. (*Saca el puñal.*) Conozco bien la casa,

pero, á oscuras, será preciso ir con mucho tiento. (*Yendo á tientas llega á la habitación de don Fernando, y después de mirar por el ojo de la llave, exclama satisfecho:*) ¡Ah, sí, aquí está él! (*Continúa mirando.*)

PEPITA (*Asomándose un poco.*) ¿Se habrá marchado ya?

D. PABLO (*Pausado.*) ¡Oh, sí, y está escribiendo... Mas... ya se levanta... y se dirige hacia aquí... Estoy temblando; no se si de placer, ó de miedo. (*Con ánimo.*) ¡Valor, Pablo, valor, ó si no estás perdido.

PEPITA (*Escondiéndose.*) Se oyen pasos, aún estará aquí.

D. PABLO (*Deja de mirar, y muy satisfecho exclama:*) Ya está aquí. La suerte me favorece; por fortuna mía, viene sin luz. ¡Buena te se espera! (*Se oculta, con el puñal en la mano, al lado de la puerta de la habitación de don Fernando.*)

ESCENA XV

Dichos y D. FERNANDO, *saliendo de su habitación.*

D. FER. (*Sale, da dos ó tres pasos; pero al ver que no hay luz, dice asombrado:*) ¡Que oscuro está esto! ¿Se habrán acostado ya? Es raro, nunca lo hacen sin avisarme antes. Iré por la luz de mi despacho. (*Vuelve á su habitación; pero al llegar á la puerta, don Pablo le asesta una puñalada y él grita con horror.*) ¡Ay! ¡Asesino! ¡socorro! ¡socorro!... (*Cae en mitad de la escena.*)

PEPITA (*Saliendo.*) ¡Ah! ¡socorro! ¡socorro! ¡pronto, aquí!
(*Don Pablo al oir á Pepita, salta por la ventana, mas al hacerlo le cae el puñal.*)

ESCENA ULTIMA

D. FERNANDO, MARTA, PEPITA, ROSA *y al final* LORENZO.

ROSA (*Saliendo por el foro llevando en la mano una palmatoria, con una vela encendida. Con sobresalto.*) ¿Qué ocurre?

MARTA (*Con id.*) ¿Qué es esto? (*Al ver á don Fernando al suelo, va á juntarse con él.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Fernando! ¡Fernando!

ROSA (*A Pepita.*) ¿Pero qué há ocurrido aquí?

PEPITA (*Llorando.*) No... sé... un hombre... ¡Ay! (*Cae en brazos de Rosa.*)

MARTA ¡Jesús! ¡Cuánta desgracia!

ROSA (*Cogiendo á Pepita con cariño.*) ¡Hija mía!

LORENZO (*Que sale por el foro, y al ver aquel cuadro, dice con sorpresa.*) ¿Qué habrá sucedido aquí? (*Viendo el puñal.*) ¡Oh, gran Dios! ¡Un puñal! Esta es sin duda, el arma del asesino. (*Acercándose á don Fernando. Con rabia.*) Amo mío, yo le vengaré.

(*Cuadro y telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena representa lo mismo que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

MARTA *y* ANTONIO, *sentados.*

ANTONIO Pues sí, Marta, ya lo ves: si no llega tan á tiempo el bravo sargento de mi compañía para defenderme, á estas horas, se lo habría ya contado á Dios, ó al diablo.

MARTA ¿Y permaneciste mucho tiempo entre los rebeldes?

ANTONIO Cosa de año y medio poco más ó menos; todo el tiempo que estuvisteis sin tener noticias mías, pues todo el mundo ignoraba mi paradero, hasta el punto de creer que había muerto.

MARTA (*Con cariño.*) ¡Pobre Antonio! ¡Cuánto has tenido que sufrir!

ANTONIO Sí, es verdad; pero ¿quién se acuerda ya de ello? Afortunadamente he tenido va-

lor para resistirlo todo, y hoy me veo entre vosotros, bueno como antes de marchar, y con una carrera que antes no tenía.

MARTA Sí; pero mejor te hubiera sido no marchar, porque después de todo, la carrera no te ha de servir, pues Fernando no quiere que continúes en el ejército y así piensa decírtelo.

ANTONIO Sí; pero tú has de comprender que nosotros no podemos permitir que él se sacrifique haciéndonos vivir á expensas suyas, y mucho menos no habiendo necesidad de ello.

MARTA Sí; pero ¿qué vas á hacer, si él lo quiere?

ANTONIO Bien, bien, veremos. Y á propósito, ahora que hablamos de don Fernando, se me ocurre una pregunta: ¿no se sabe aún, quien es el autor ó autores del crimen?

MARTA No, Antonio, no; el crimen que se cometió en esta casa, sigue envuelto en el más profundo misterio.

ANTONIO ¿Pero vosotros no sabéis si tenía alguna persona que le guardara rencor, y en la cual pueda caber una acción tan vil?

MARTA Que le guardara rencor... (*Aparte.*) (¡Oh, Dios mío!) Sí, hay un criado suyo que se llama Manuel, y al cual tuvo que despedir por ladrón.

ANTONIO Pues entonces...

MARTA Sí; pero es el caso que Manuel, según parece, se ha ausentado de España, pues no se le halla en ninguna parte. (*Aparte.*) (¡Virgen santa, valor os pido!)

ANTONIO Pues nada tan claro, si él le amenazó y ahora se ha fugado, prueba evidente, de que no fué otro sino él el que cometió el crimen.

MARTA Sí; mas á veces, por más que todos los

detalles acusen á uno de una cosa, no siempre resulta ser él, el verdadero autor del delito. (*Aparte.*) (Bien lo sé yo.)

ANTONIO Pues no nos queda otro recurso que dar tiempo al tiempo. (*Se levanta, y se dispone á entrar en la habitación de don Fernando.*)

MARTA Esta es la única esperanza que nos queda.

ANTONIO Yo por mi parte no veo otro camino. (*Entrando.*) Bien, entraré á ver á don Fernando.

ESCENA II

MARTA.

No sé como he podido disimular tanto; pero es preciso que no lo sepa. Si yo le hubiera nombrado á don Pablo, entre los que guardan rencor á Fernando, el oir su nombre solamente, hubiera bastado para encender su ira. Pero yo no lo diré: callaré como hasta aquí; es preciso que él ignore siempre lo ocurrido entre nosotros. (*Mutis por donde entró Antonio.*)

ESCENA III

LORENZO *y el* DOCTOR, *saliendo por el foro.*

LORENZO Pase usted, señor doctor, pase usted.

DOCTOR (*Dentro.*) Buenas. ¿Ha habido alguna novedad?

LORENZO No, señor; parece que sigue bien.
DOCTOR Me alegro en extremo.
LORENZO Yo también y le felicito á V. por ello.
DOCTOR Muchas gracias. Voy á ver cómo está.
LORENZO *(Abriéndole la puerta.)* Vaya V.

ESCENA IV

LORENZO.

Pues, señor; parece mentira que con los trabajos que se han hecho no se dé con el asesino. No se encuentra ningún detalle que pueda hacer luz en este asunto. Don Fernando y casi todos los de la casa sospechan de Manuel; pero el caso es que no parece por ninguna parte; y además, yo no puedo avenirme con su parecer. Hay otro hombre en el cual todos están bien lejos de sospechar de él semejante hecho, y, sin embargo, yo no creo que haya sido otro si no él, quien cometió este crimen. Este hombre es don Pablo. Las preguntas que me dirigió cuando vino, el interés que demostraba al hacerlas, y el modo particular con que le ví salir luego, todo ello me afirma más y más en esta idea. *(Con despespero.)* ¡Ah, si yo no hubiera tenido que salir! ya sabría yo quién era; pero por fortuna suya, yo no estaba. *(Con rabia.)* Pero ¡ay de él!, que si lo es, juro por lo más sagrado, que yo lo sabré, y entonces, ¡ojo por ojo, diente por diente!

ESCENA V

Dicho y PEPITA, *que sale por el foro.*

PEPITA Hola, Lorenzo. ¿Ha venido el médico?
LORENZO Sí, ha llegado hace un momento.
PEPITA ¿Y qué dice? ¿Le encuentra mejor?
LORENZO No sé; no ha salido aún. Pero oye, Pepita; quisiera hacerte una pregunta.
PEPITA ¿Cual?
LORENZO Escucha: ¿cuando hirieron á don Fernando, dónde estabas tú?
PEPITA ¿Yo? Escondida ahí. *(Lo señala.)*
LORENZO ¿Y pudiste ver al que le hirió?
PEPITA Cuando le hirió no, porque estaba á oscuras; pero le ví cuando apagó la luz, sin duda para no ser reconocido si venía alguien, y poder así ejecutar mejor su plan.
LORENZO ¿Y le reconocerías si le vieras?
PEPITA ¡Ya lo creo! como que me fijé muy detenidamente en él. Mira: llevaba una blusa azul, un pantalón negro, unas alpargatas blancas y un pañuelo encarnado al cuello.
LORENZO ¿Y viste por donde entró?
PEPITA Sí; yo iba á asomarme á la ventana para tomar el fresco y ví en el jardín una sombra que se acercaba; me retiré un poco, y al poco rato, ví la mano de un hombre encima de la ventana. Yo entonces quise gritar y no pude; intenté huir y fué inútil, pues la abuela al salir cerró la puerta, porque yo se lo dije.
LORENZO ¿Y entonces, qué hiciste?
PEPITA Entonces me oculté aquí *(Lo señala)*, y

así pude ver como apagaba la luz; y luego ya no ví nada más, hasta que hirieron á don Fernando.

LORENZO ¿Y qué viste entonces?

PEPITA Vi como un cuerpo pesado caía al suelo, y enseguida una voz que pedía socorro: yo hice lo mismo, y entonces pude ver como un hombre saltaba por la ventana; luego vinisteis vosotros, y ya sabes lo demás.

LORENZO Y escucha, Pepita: ¿conoces tú á don Pablo?

PEPITA Yo no, si no conozco ya á nadie. ¿No ves que desde que vivimos con don Fernando apenas he salido del colegio?

LORENZO *(Aparte.)* (Es verdad, no me había acordado.) *(A Pepita.)* Bien; ya puedes retirarte cuando gustes.

PEPITA Pero oye: ¿Dónde está papá?

LORENZO Habrá entrado á ver á don Fernando.

PEPITA Bueno, bueno; adiós, Lorenzo. *(Váse por el foro.)*

LORENZO Adiós.

ESCENA VI

LORENZO.

Bien, con estos detalles tengo bastante para ver si hallo al asesino. Pero señor, también es desgracia la de mi pobre amo. Después de lo ocurrido y cuando ya iba bien, llega don Antonio, el marido de doña Marta, á quien todos creíamos muerto, y ¡cataplum! con esta nueva, se agravó rápidamente. Claro está: la alegría que por un lado le producía el vol-

ver á ver á su protegido hecho un teniente, y por otro lado el ver derribadas sus ilusiones, ambas cosas no pudieron menos que quebrantar su delicada salud. Pero vamos, de todos modos, si no hay novedad, me parece que pronto le veremos por la calle. *(Hace mutis por el foro.)*

ESCENA VII

ANTONIO *y el* DOCTOR, *saliendo por donde entraron.*

ANTONIO ¿Y qué le parece á usted, señor doctor?

DOCTOR Que va bien. Puede continuar saliendo por aquí como ya he dicho; pero evitando que le toque mucho el aire y al mismo tiempo, no causarle ningún disgusto; es decir, procurar que no sufra ninguna emoción fuerte, pues esto podría causar un fatal desenlace.

ANTONIO De modo que usted opina, que con otra emoción más ó menos fuerte, su salvación es imposible.

DOCTOR Indudablemente.

ANTONIO Pues entonces, señor doctor, no pase usted cuidado, que sus órdenes serán cumplidas.

DOCTOR Así lo espero. *(Disponiéndose á marchar.)* Que usted lo pase bien, y hasta mañana. Advirtiéndole que si acaso hubiera alguna novedad, se servirán avisármelo.

ANTONIO Así se hará. *(Acompañándole hasta la puerta.)* Bueno, señor doctor; adiós.

DOCTOR Él guarde á usted. *(Váse por el foro.)*

ESCENA VIII

ANTONIO *y* MARTA, *que sale por donde entró.*

MARTA ¿Ya se ha ido el médico?

ANTONIO Sí, ahora mismo.

MARTA ¿Y qué ha dicho? ¿le encuentra mejor?

ANTONIO Sí; pero es preciso ir con mucho tiento.

MARTA ¿Por qué?

ANTONIO Porque ha dicho que cualquiera emoción que sufra, puede acarrearle la muerte.

MARTA Siendo así, preciso será ir con cuidado. *(Se oye la voz de don Fernando, bastante apagada, que llama á Marta.)* Me parece que Fernando llama; voy á ver...

ANTONIO Y yo voy á despedirme de él, pues tengo que ir al cuartel enseguida. *(Se disponen á entrar en la habitación de don Fernando; pero éste sale en aquel momento, y entonces ellos le acompañan hasta el centro de la escena y le hacen sentar.)*

ESCENA IX

Dichos, D. FERNANDO *y luego* ROSA.

ANTONIO Buenos días, don Fernando; ahora venía yo á despedirme.

D. FER. Sí; ¿y dónde va usted tan temprano?

ANTONIO Tengo que ir al cuartel, pues hoy es día de revista.

D. FER. Pues así no le detengo.
(Antonio entra en la primera puerta derecha y luego sale, dispuesto ya á marchar.)

MARTA *(Viendo llegar á Rosa por el foro.)* Ahí viene mi madre.

D. FER. Dí más bien nuestra madre, pues de los tres lo es.

ROSA (*Dentro.*) Buenos días, señoritos.

TODOS Buenos.

MARTA (*A Fernando.*) Mira: ahora que está aquí mi madre, voy á llegarme á la botica.

ROSA Sí, vé; ya me quedaré yo aquí con Fernando.

ANTONIO (*Que sale por donde entró.*) Bueno, señores; hasta luego.

ROSA Adiós, Antonio.

D. FER. Hasta después.

MARTA Vamos. (*Vánse por el foro.*)

ESCENA X

D. FERNANDO, ROSA *y al final* LORENZO.

ROSA ¿Y cómo estás? ¿te encuentras bien?

D. FER. Sí, me encuentro mejor.

ROSA Vamos, me alegro mucho. (*Dándose una palmada.*) ¡Ah! mira: ayer ví á don Pablo, y le conté lo ocurrido.

D. FER. (*Con interés.*) ¿Sí? ¿Y qué dijo?

ROSA Le entristeció en extremo, y le supo muy mal haber estado ausente; pero dijo que hoy vendría á verte.

D. FER. ¿Y dónde estuvo?

ROSA Dice que estuvo en Castilsabás, por un asunto urgente.

D. FER. (*Con interés.*) ¿Y dijo que hoy vendría?

ROSA Sí; vendrá á ver cómo estás.

D. FER. (*Aparte.*) (Así podré hablarle, y veremos lo que resulta.)

LORENZO (*Desde la puerta del foro.*) El señor don Luis Quesada, pregunta si puede pasar.

D. FER. Que pase, que pase enseguida.

ROSA Entonces me retiro. Cuando me necesites, llama. (*Váse por la segunda puerta izquierda.*)

LORENZO (*Desde el foro, á don Luis.*) Pase usted. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XI

D. FERNANDO, D. LUIS, *y luego* MARTA.

D. LUIS (*Saliendo por el foro.*) Buenos días, don Fernando. ¡Cuánto me alegra encontrarle fuera de la cama!

D. FER. Buenos días, don Luis. (*Señalándole una silla.*) Tome usted asiento; ¿estará usted cansado?

D. LUIS (*Sentándose á su lado.*) No tal; pues esta caminata aún me sirve de paseo, y además, para servir á usted no me canso nunca.

D. FER. Es usted muy amable, don Luis.

D. LUIS ¿Y cómo sigue usted? ¿Estará usted mejor, por supuesto?

D. FER. ¡Ya lo creo! pronto me verá usted por la calle.

D. LUIS ¡Vamos, vamos! Me alegro muchísimo. Y ¿sabe usted que del crimen cometido aquí no he podido saber nada cierto aún? ¡Parece mentira! En los años que ejerzo de juez, no me había pasado nunca una

cosa semejante. Lo único que he podido averiguar, es que Manuel ha desaparecido, y que, según noticias, se halla en Argel, lo cual acaba de afirmarme en la creencia de que él es el autor de tal desgracia.

D. FER. Yo también opino lo mismo. Pero, amigo don Luis, no puedo permitir por más tiempo que esté usted molestándose como hace.

D. LUIS No, eso no; el hacer justicia jamás me causará molestia alguna, y con mayor motivo cuando de usted se trata.

D. FER. Ruego á usted que deje este asunto, pues yo por mi parte lo dejo también y perdono al delincuente.

D. LUIS Don Fernando, es usted demasiado bueno; pero yo no puedo ni debo tolerar que el criminal quede sin castigo, ó por lo menos, que en tal caso, no sea por culpa mía.

D. FER. Pero si yo le perdono.

D. LUIS Usted podrá perdonarle; pero la justicia no puede ni debe tolerar que este hecho quede impune.

D. FER. En fin, si usted se empeña...

D. LUIS Es mi deber.

D. FER. Entonces no insisto más.

MARTA (*Saliendo por el foro.*) Buenos días, don Luis. ¿Cómo está usted?

D. LUIS (*Levantándose.*) Bien, gracias. ¿Y ustedes?

MARTA También. Pero siéntese usted.

D. LUIS Nó, gracias; pues han dado ya las diez y media, y por lo tanto tengo que ir al Juzgado enseguida.

D. FER. ¿Ya se va usted, don Luis?

D. LUIS Sí, señor; no puedo perder ni un minuto más: tengo hoy muchísimo que hacer.

D. FER. Siendo así no le detengo, pero le espero á usted mañana.

D. LUIS No faltaré. Mañana, á las nueve, me tendrá usted á sus órdenes.

D. FER. Muchas gracias.

D. LUIS Pues ustedes lo pasen bien, y celebro su mejoría. (*A Marta.*) Señora, á los pies de usted. (*Váse por el foro, acompañado de Marta.*)

ESCENA XII.

D. FERNANDO, *y luego* MARTA.

No hay duda; es Manuel: todos los indicios que se hallan hasta la fecha, le acusan sólo á él. Las amenazas que me dirigió al despedirle, el modo con que procedió mientras estuvo á mi servicio, y su fuga á Argel, todo lo demuestra claramente. Pero al mismo tiempo me asalta una duda cruel, que me mata; aquellas palabras llenas de ira que me dirigió Pablo, hieren en lo más profundo mi corazón; porque Pablo también se ausentó de aquí al día siguiente del que ocurrió el hecho, por asuntos de negocio según dice; pero eso también podría ser un pretexto para desorientar á la justicia. En fin, no durará mucho tiempo esta duda: si hoy viene, yo miraré de saber si es ó no es él. (*Viendo á Marta.*) Ahí viene Marta: á ver qué opinará cuando sepa lo que ha dicho don Luis. (*Marta entra por el foro.*) Ven, Marta; siéntate ahí, que tengo que darte una noticia.

MARTA (*Sentándose.*) ¿Una noticia á mí?

D. FER. Sí; á tí.

MARTA Pues siendo así, atenta estoy.

D. FER. Ante todo, tengo que hacerte una pregunta. ¿Continúas creyendo tú que Pablo es quien me hirió?

MARTA Mira, Fernando; no me hables más de ello, pues bastantes disgustos nos ha causado á todos.

D. FER. No, si no es más que...

MARTA Sea lo que fuere, no quiero saberlo. Mira: lo mejor que podemos hacer, es ir al comedor; y así tomarás el caldo, que ya es tarde.

D. FER. Es verdad; pero luego oirás lo que quiero decirte.

MARTA Bien, bien; ahora vamos allá, luego ya veremos.

D. FER. Vamos. (*Vánse por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XIII

LORENZO, *entrando sigilosamente por el foro.*

Voy á ver si ahora puedo saber algo de interés; pero aquí se acercan Rosa y don Pablo. Necesito esconderme en lugar donde no pueda ser visto. (*Mirando á todas partes.*) ¡Ah! me esconderé aquí. (*Señala la primera puerta derecha.*) A ver qué dirá. (*Se esconde.*)

ESCENA XIV

Dicho, ROSA *y* D. PABLO, *saliendo por el foro.*

ROSA (*Viendo que no hay nadie.*) ¡Ah! pues no están: seguramente estarán en su cuarto. Aguarde usted un momento. (*Entra en la habitación de Fernando.*)

LORENZO (*Asomando la cabeza.*) Se ha quedado solo: á ver qué hará.

D. PABLO Es preciso á todo trance quitar del mundo de un modo ú otro á Fernando. A eso he venido, y lo haré; conviene que venga conmigo en lugar que no sea éste, para obrar con más libertad; para eso tal vez tenga que aguardar á que esté restablecido; pero no importa.

LORENZO (*Con rabia.*) ¡Oh, vive Dios! es él.

ROSA (*Saliendo por donde entró.*) No están tampoco; quizá estén en el jardín.

D. PABLO Podemos ir nosotros allí, si á usted le parece.

ROSA Como usted guste.

D. PABLO Pues vamos. (*Vánse por el foro.*)

LORENZO (*Saliendo de su escondite.*) ¡Oh; por fin has caído en mis manos! Pero no temas, ya te ajustaré yo las cuentas; ¡¡miserable!! (*Va á salir por el foro; pero al llegar á la puerta, retrocede al ver que Rosa y don Pablo vuelven.*) Mas calla, aquí vuelven á ver...

ROSA (*Desde la puerta del foro.*) ¡Hola, Lorenzo! ¿Sabes dónde están los señores?

LORENZO Sí; me parece que han ido comedor.

ROSA Pues entonces, ya entrarás tú á avisarles que está aquí don Pablo; porque yo tengo que hacer un encargo al portero.

LORENZO Sí, vaya usted; ya les avisaré yo.
(*Rosa, sale por el foro, y don Pablo avanza hacia Lorenzo.*)

ESCENA XV

D. PABLO *y* LORENZO.

LORENZO Buenos días, don Pablo. ¿No sabe usted la desgracia?

D. PABLO Sí; ya me contó Rosa lo ocurrido.

LORENZO ¿Y qué le parece á usted? *(Aparte.)* (Hoy haré el papel de juez.)

D. PABLO Que es un caso muy original, (finjamos) y sobre todo, muy raro; pues Fernando no puede tener enemigos.

LORENZO Pues ya ve usted, los hay y muy prácticos en estas cosas, según parece; pues no se ha podido hallar rastro del asesino.

D. PABLO *(Con ansiedad.)* ¿Es decir que no habéis hallado...?

LORENZO No, señor; nada.

(Todo este diálogo muy intencionado, en especial por parte de Lorenzo.)

D. PABLO *(Aparte.)* (Respiro.)

LORENZO *(Mostrándole el puñal.)* Es decir, tanto como nada, no señor: se encontró esto.

D. PABLO ¡Un puñal! *(Palideciendo y sin saber lo que le pasa.)*

LORENZO Sí, señor; un puñal que yo recogí, y que guardo para ver si con él descubro al asesino.

D. PABLO *(Aparte con ira.)* (¡Oh, maldición! se me cayó aquí.) Pero esta arma...

LORENZO ¿Qué, la conoce usted? *(Aparte.)* (¡Ah, infame!)

D. PABLO *(Turbado.)* Yo... no... es decir, me parece haberla visto alguna vez; pero no recuerdo donde. (*Intenta en vano contenerse.*)

LORENZO (*Aparte.*) (Ya haré yo que te acuerdes.) Es lástima, porque con ello tal vez pudiéramos descubrir algo.

D. PABLO ¡Ah, ya recuerdo! Un día que Manuel estaba en el jardín cuidando las flores, ví asomarle por encima la faja el pomo de un cuchillo.

LORENZO (*Aparte.*) (Este es tu pretexto, infame; Manuel.) ¿Y recuerda usted, si era éste?

D. PABLO Me parece que sí. A ver, á ver; deja que lo examine atentamente.

LORENZO (*Aparte.*) (Ya te veo.) ¡Ah, no, señor! dispense usted que se lo diga; pero no puedo satisfacerle.

D. PABLO (*Con enfado.*) ¡Cómo! ¿Te atreves á dudar de mí?

LORENZO (*Con sorna.*) No, señor, nada de eso; pero no quiero molestar á V. con un trabajo que yo me he buscado. Juré que había de descubrirle yo, y lo haré aunque me cueste la vida.

D. PABLO (*Aparte.*) (¿Si sospechará de mí?) Mal trabajo te buscaste, pues difícilmente le encontrarás.

LORENZO (*Con mucha intención.*) ¿Por qué?

D. PABLO Porque si después de tanto tiempo, aún estáis de este modo, puedes echarle ya un galgo al autor de ese crimen.

LORENZO No tenga usted cuidado, pues aunque se conoce que es pájaro de cuenta, yo he sido cazador, y aunque hace ya tiempo que no cazo, no por eso lo he olvidado, pues donde yo dirijo la vista clavo la bala.

D. PABLO Mucho fías en tí mismo.

LORENZO ¿Qué si fío? ¡ay de él, don Pablo! ¡ay de él si llega á caer en mis manos!

D. PABLO (*Con ira y aparte.*) (¡Vive Dios!) Mucho interés tienes en defender á tu amo.

LORENZO Más que por mí mismo. Pero, en fin; yo estoy incomodando á usted inútilmente. Voy á avisar á don Fernando que está usted aquí.

D. PABLO Sí, vé; que estoy ansioso por verle y abrazarle.

LORENZO (*Aparte.*) (¡Infame!) (*Váse por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XVI

D. PABLO *y al final* LORENZO.

D. PABLO Un nuevo obstáculo se opone á mi plan; puesto que ya empecé á ponerlo en práctica, preciso será que lo concluya. Hasta ahora era Fernando el único que me convenía quitar del mundo; pero ahora ya son dos: él y Lorenzo, ese imbécil de criado, que tanto se interesa por él. Pero no importa; lo mismo pesará, si se descubre, sobre mi cabeza una sentencia de muerte por uno que por dos. Así, pues, mano á la obra; veremos quién vencerá, si este cazador fiero ó yo que no lo soy; pues tengo deseos de vengarme... y me vengaré.

LORENZO (*Saliendo por donde entró.*) Dice que pase.

D. PABLO Está bien. (*Váse por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XVII

LORENZO *y luego* ANTONIO.

LORENZO Ya he descubierto al asesino. Ahora haré que Pepita termine la obra empezada por mí. (*Saca el puñal.*) Este puñal ha servido hoy para acabarme de convencer, tal vez mañana me sirva del mismo para vengar á mi pobre amo. Todos ignoran que yo tenga en mi poder semejante arma; si lo ignoran, no eonvieue por ahora que lo sepan, nó; lo ignorarán. (*Aparece Antonio en la puerta del foro y al ver á Lorenzo con el puñal, queda asombrado.*)

ANTONIO (¡Oh, gran Dios! ¿Lorenzo con un puñal en la mano? Veamos.) (*Enérgico y bajando.*) ¡Lorenzo!

LORENZO (*Turbado.*) Mande usted, señor. (*Intenta en vano ocultar el puñal.*)

ANTONIO (*Muy enérgico.*) ¿Por qué te turbas así? ¿Por qué tienes en la mano ese puñal que en vano intentas ocultar? Dí.

LORENZO (*Turbado.*) Yo... señor... (*Aparte.*) (¡Dios mío! ¿cómo ocultarlo?)

ANTONIO (*Con rabia.*) ¡Ah, miserable! ¿con que eres tú el infame...?

LORENZO (*Resentido.*) ¡Eh! ¡alto ahí, señor Antonio! Yo quería evitarles á ustedes un pesar; pero ya que á ello se me obliga, antes que me crean á mí culpable sabrá usted la verdad. Sí, señor, sépalo usted. Este puñal, que tengo ahora entre mis manos, es el mismo que se le cayó al asesino al saltar por esa ventana (*Señala.*) la noche que hirieron á don Fernando, y que yo me guardé sin decir nada á nadie para ver si con él lograba encontrarle.

ANTONIO Pero ¿cómo es que decías tú: es preciso que lo ignoren?

LORENZO Se lo diré á usted.

ANTONIO (*Impaciente.*) Dí, pues, que ya estoy impaciente.

LORENZO Ha de saber usted, ante todo, que esta misma mañana he descubierto al criminal.

ANTONIO (*Asombrado.*) ¿Pero es posible?

LORENZO Tan posible como que ahora está allí (*lo señala*) con don Fernando.

ANTONIO (*Idem.*) ¿Será cierto?

LORENZO Si, señor; tan cierto como usted y yo nos hallamos aquí.

ANTONIO (*Impaciente.*) Pero ¿quién es? Dí.

LORENZO (*Con sangre fría.*) D. Pablo.

ANTONIO (*Muy asombrado.*) ¡Cómo! ¡El...!

LORENZO Sí, el mismo, el hermano de mi amo.
ANTONIO ¿Pero por qué no lo has dicho antes?
LORENZO Porque yo tengo mi plan.
ANTONIO ¿Qué plan es ese?
LORENZO Puesto que él hirió á don Fernando con este acero, y la casualidad lo puso en mis manos, este mismo ha de servir para vengar á mi señor.
ANTONIO No, Lorenzo, no; no quieras manchar tus manos con la sangre de un asesino. Un hombre tan vil como don Pablo, no merece la honra de morir entre tus manos. Este hombre sólo es digno de morir en un cadalso, entre las del verdugo.
LORENZO ¡Ah, señor Antonio!...
ANTONIO Serénate, pues no hay tiempo que perder, y puesto que está aquí dentro, voy á contar el caso á don Luis: así le encontrarán aquí mismo para prenderle.
LORENZO Pero ¿y si antes marchara?
ANTONIO Procura tú que así no sea; haz que se entretenga por aquí.
LORENZO Está bien, así lo haré.
ANTONIO Adiós. (*Vase por el foro.*)
LORENZO Vaya usted con Dios. De todos modos yo prepararé á Pepita, para que no se me escape. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XVIII

D. FERNANDO y D. PABLO, *saliendo por la segunda puerta izquierda.*

D. FER. ¿Es decir, que ha sido excelente el viaje?
D. PABLO En extremo; mira Castilsabás es uno de estos puntos donde resucitan los muertos: sus aguas, sus aires tan saludables

y todo en fin, hacen de él uno de los mejores puntos de España.

D. FER. Entonces, no me extraña que hayas pasado allí tanto tiempo.

D. PABLO Sí: me llamaron allí para un asunto urgente, y es tanto lo que me satisfizo la población, que habiendo una casita en venta, la compré con el propósito de pasar allí alguna temporada, suponiendo que vosotros, ó cuando menos tú, me acompañarás en el viaje.

D. FER. ¡Quiá! Ya estoy bien aquí: me instalé en esta capital con el propósito de no salir ya de ella; pues es tanto el cariño que le tengo, que estoy seguro que si pasaba algún día fuera, la encontraría á faltar.

D. PABLO Sin embargo, en la situación en que te hallas y para recuperar las fuerzas perdidas, te sería muy conveniente pasar una temporada allí.

D. FER. No, no es necesario: aquí mismo iré recobrando la salud perdida.

D. PABLO (*Aparte.*) (Es preciso á todo trance, que venga, pues es del único modo que podré obrar con más libertad.) Sin embargo, Fernando, es preciso que si la puedes recobrar dentro de un mes, no aguardes á que sean dos.

D. FER. En fin, otro rato hablaremos más detenidamente de este asunto, y veremos lo que conviene hacer.

ESCENA XIX

Dichos, PEPITA *que sale por el foro, y luego* LORENZO.

PEPITA D. Fernando, dice la abuela...

D. PABLO ¡Que niña tan hermosa!

PEPITA Muchas gra..... (*Horrorizada*). ¡¡Ah!!

¡Este hombre!... Sí, sí, yo recuerdo haberle visto...

D. FER. ¿Qué te pasa, Pepita? ¿Por qué te turbas de ese modo? Dí, ¿te pones mala?

PEPITA No... pero si es él,... Tengo miedo. *(Se acerca mucho á D. Fernando.)*

D. PABLO (¿Quién será esta niña?) ¿Me conoces, niña?

PEPITA ¡Oh sí! le recuerdo con horror... Sí, sí, este hombre...

D. FER. Pero ¿qué? ¿Por qué te horrorizas de este modo?

PEPITA Este hombre es el mismo que la noche que hirieron á usted, ví saltar por la ventana.

D. PABLO *(Con ira.)* Pero ¿qué dices?

D. FER. *(Procurando contenerse.)* No puede ser, si es mi hermano: quizá te lo figuras.

PEPITA ¡Oh nó! no me lo figuro, le tengo bien presente: tiene la misma cicatriz debajo del ojo derecho. Sí, sí, es él.

D. PABLO (¿Estaré soñando? ¿Dónde estaba esa niña, que yo no supe verla?)

D. FER. (¡Dios mío! ¿será cierto?) ¿Y vamos á ver, Pablo, qué contestas tú á esto?

D. PABLO Yo, ¿qué he de contestar? Que es la mayor calumnia que darse puede.

PEPITA ¡Oh no! no es calumnia, es la pura verdad, si señor, sí, le conozco bien.

D. FER. Pero vamos á ver, ¿cómo lo sabes tú, cómo le viste?

PEPITA Lo sé, porque cuando entró por la ventana yo estaba aquí.

D. FER. ¿Dónde? *(Impaciente.)*

PEPITA Aquí mismo. *(Lo señala.)*

D. PABLO *(Con rabia.)* (¡Ira de Dios! Estoy perdido.)

D. FER. ¿Y qué viste?

PEPITA Todo. Porque, como cuando le ví no pude salir porque la puerta estaba ce-

rrada, me escondí aquí, y así pude ver al desconocido y todos sus movimientos.

D. Fer. Y vamos á ver, Pablo, ¿por qué no lo niegas? ¿Por qué no contestas tú á sus palabras? Que dices.

D. Pablo Yo, digo que para evitar un escándalo, me hago cargo que estas palabras al fin y al cabo las ha dicho una niña, y más necio será quién las dé crédito, pues son puramente falsas. *(Se dispone á salir.)* Así, pues, con tu permiso voy á retirarme.

Lorenzo *(Que sale por el foro cerrando el paso á don Pablo.)* ¡Ah! no señor, usted no sale de aquí sin antes declarar que las palabras que ha dicho esta niña y que usted llama falsas, son tan ciertas como el sol.

D. Pablo ¿Por qué? ¿quién te ha...?

Lorenzo Usted mismo lo confesó al quedarse solo, y luego lo afirmó más y más al mostrarle yo el puñal.

D. Pablo ¡Vive Dios!

D. Fer. Basta ya, Lorenzo, dejadnos solos.

Lorenzo Señor...

D. Fer. Obedece pronto.

Lorenzo (Yo sé lo que debo hacer.) *(Vánse Lorenzo y Pepita por el foro.)*

ESCENA XX

D. Fernando, D. Pablo *y al final* Lorenzo.

D. Fer. *(Cierra las puertas.)* (*Aparte.*) (Eran ciertas mis sospechas y las de Marta.)

D. Pablo (*Aparte.*) (Tendré que buscar un pretexto para salir del paso.)

D. Fer. Ya estamos solos, Pablo, y es preciso que hablemos claro.

D. Pablo ¿Es decir qué tú das crédito á esa farsa inventada por Lorenzo sin duda para perderme?

D. Fer. (*Colérico.*) No tientes al cielo, Pablo, negando por más tiempo; lo que tú has oído es cierto.

D. Pablo ¿Y cómo puedes asegurar tú una cosa semejante?

D. Fer. Tengo motivos sobrados para ello, porque has de saber, Pablo, que yo aunque lo ocultaba, ya desde el principio creí, que nadie más sino tú, podía haber hecho una acción tan vil.

D. Pablo (*Resuelto.*) Pues sí, Fernando, es cierto; yo soy el que para vengarme de los ultrajes que me inferiste aquella tarde, entré lleno de cólera, á hundir en tu pecho el arma homicida.

D. Fer. ¡Infame! ¿Así pagás tú los favores? ¿Es ese el camino que te trazó nuestro padre para que lo siguieras?

D. Pablo (*Con ira.*) ¡Fernando!

D. Fer. Ya sé que mis palabras no han de producir en tí otro efecto que excitar tus ánimos, pero no importa: si me matas, no harás más que añadir un crimen á la historia de tu vida, y á mí me harás un favor, porque así me evitarás el pesar de ver el trágico fin que te aguarda.

D. Pablo Basta, Fernando, no enciendas más mi ira; pues de lo contrario, quizá no será muy bueno el desenlace de esta entrevista.

D. Fer. ¡Miserable! ¿Aún osas proferir amenazas, cuando debías morirte de pena al ver cuán infame has sido? ¿Aún no estás satisfecho con lo qué has hecho ya? Si es así. si es que tienes valor, toma, aquí me tienes, haz de mí lo que te plazca. (*Le presenta el pecho y le mira fijo.*

D. Pablo baja los ojos.) ¡Cobarde! tienes miedo de herirme cara á cara, y sin embargo no lo tuviste para hacerlo á traición. Sí, Pablo, sí; hiere y está seguro de mi muerte, porque has de saber, Pablo, que no es la herida que me inferiste la que más daño me hace no, más que ella me ha hecho el saber que el que penetró en esta casa para hundir un puñal en mi pecho, eres tú.

D. PABLO ¡Basta! ya estoy cansado de oirte.

D. FER. ¿Te cansan mis palabras? pues aún no he concluído, no....

D. PABLO Repito que no quiero escucharte. Ahora mismo vas á abrir esta puerta para que yo salga, si quieres evitar una escena desagradable entre nosotros.

D. FER. ¿Que abra la puerta? No, Pablo, no; de aquí no sales hasta que yo te haya dicho lo que debo.

D. PABLO Abrirás ó te... (*Con amenaza.*)

D. FER. Haz lo que mejor te parezca; pero he dicho nó, y no será.

D. PABLO (*Hace la acción de sacar el puñal.*) ¿Qué no será?

D. FER. (*Muy resuelto.*) Nó.

D. PABLO (*Se dirige á él para asesinarle.*) Pues to... (*En este momento, Lorenzo que se asoma por la ventana, le pega un tiro del cual muere en el acto.*) ¡Ay! (*Cae desplomado.*)

ESCENA XXI

D. FERNANDO *y* LORENZO *que salta por la ventana, con una pistola en la mano.*

D. FER. (*Arrebatándole el arma.*) ¡Lorenzo! ¿Qué has hecho?

LORENZO Cumplir con mi deber.

D. FER. Pero ¿no ves que te has perdido?

LORENZO Y ¿qué me importa á mí la salvación, cuando de defender á usted se trata?

D. FER. Sí; pero ahora vendrá la justicia.

LORENZO Lo sé, y creo que no ha de tardar ya.

D. FER. *(Asombrado.)* ¡Cómo!

LORENZO Sí, ha poco don Antonio fué á casa don Luís, á denunciar al verdadero asesino.

D. FER. Es decir que Antonio sabe, que...

LORENZO Si, señor, lo sabe todo.

D. FER. (*Cae en uua silla.*) ¡Oh, que angustia! ¿Por qué no dejabas que me matara?

LORENZO Yo, señor...

D. FER. (*Con fatiga.*) ¿No ves que mi vida es ya muy corta? ¿No ves que yo dentro de poco seré ya cadáver?

LORENZO ¡Oh! que Dios no lo permita!

D. FER. Sí, Lorenzo, sí, Dios lo permitirá, porque la muerte es para los hombres como yo, el descanso, y yo voy á gozar pronto de él. (*Con voz apagada y fatigado.*) Pero mira, antes de morir, tengo que decirte, que cuando venga el juez no digas nada, me dejas hablar solo á mí.

LORENZO Pero...

D. FER. Si quieres obedecer mi último mandato, házlo.

LORENZO Lo haré, porque usted...

(*En este momento llama Marta por la puerta por donde entró.*)

MARTA ¡Abrid, abrid!

LORENZO ¿Abro?

D. FER. Sí... abre; deja... que entren.

D. LUIS Abrid á la justicia (*Desde fuera.*)

D. FER. ¡La justicia!

(*Lorenzo abre la segunda puerta izquierda y salen por ella, Marta, Rosa y Pepita.*

ESCE.\A ULTIMA

Dichos, Marta, Rosa, Pepita, Antonio, D. Luis *y una pareja de la Guardia civil, que se quedará á la puerta del foro.*

Marta (*Saliendo.*) ¡Fernando! (*Viendo á don Pablo.*) ¡Oh! ¿Este hombre aquí? ¡Dios mío! ¿qué habrá sucedido?

Antonio (*Desde fuera y llamando á la puerta del foro.*) ¡Abrid!

(*Lorenzo abre y salen don Luis, Anto- Antonio y la pareja que se queda á la puerta.*)

D. Luis (*Dentro.*) ¿El señor don Pablo Ranal?

Lorenzo Aquí está. (*Señala el cadáver.*)

Todos (*Con horror.*) ¡Oh!

D. Luis (*Se acerca á él, y después de examinarlo, dice:*) ¡Muerto!

D. Fer. Sí, don Luis... muerto.

D. Luis ¿Y cómo ha sido?

D. Frr. Oid. (*Todos se acercan.*) Este hombre... es el mismo... que me hirió... y que hoy... intentó de nuevo asesinarme... pero yo... me librré de él... dándole muerte.

Lorenzo (*Excitado.*) No lo creáis.

D. Fer. (*Le coge un brazo con disimulo.*) ¡Lorenzo! (*Mostrando la pistola á don Luis.*) Aún tengo en mis manos el arma homicida.

D. Luis La cual debe usted entregar.

D. Fer. (*Entregándasela.*) Tome usted.

Marta (*Delirante.*) ¡Pero tú!... ¡Oh! no, no puede ser!

D. Fer. Sí, Marta, sí; ¡yo... lo hize... No acuséis á

nadie... pero... ¡ay! muero... sí, Marta... mi vida... es corta... por lo tanto... de mi fortuna... daréis una can... tidad á... Lorenzo... y lo demás... todo es vuestro... Yo muero... si...

ANTONIO ¡Que Dios no lo haga! Lorenzo, vé á buscar el médico.

ROSA Ya iré yo. (*Váse por el foro.*)

D. FER. Sí... yo muero... ¡ay!... Antonio, Marta... sed muy felices... y tú, Lorenzo... sé su fiel... servidor... como lo has... sido conmigo... ¡Ay!... Pepita... adiós... adiós... Marta... sí, ma... dre... mía, adiós... ¡Ah!... adi... os. (*Muere.*)

LORENZO ¡Señor!

MARTA ¡Fernando!

(*Salen por el foro Rosa y el Doctor, el cual examina á don Fernando.*)

ANTONIO (*Con ansiedad, al Doctor.*) ¿Llegó tarde?

D. LUIS ¿Ha muerto ya?

DOCTOR Sí; debemos rogar por don Fernando.

ANTONIO Roguemos por «un mártir del deber».

(*Se arrodillan todos, y va bajando el telón*)

FIN DEL DRAMA